

La Ilustración Artística

AÑO XXXII

BARCELONA 3 DE MARZO DE 1913

Núm. 1.627

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES



LA PAZ DE LA ALDEA, cuadro de la señora de Lucas Robiquet

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *El hijo pródigo*, cuento de Carlos García Anné. - *Cuadros de Pedro Blanqué*. - *París. El presidente de la República en el Hospital de San Antonio*. - *La guerra de Oriente*. - *El San Juan Bautista de Donatello*. - *Las sufragistas inglesas*. - *Tabaré*. - *Los terrores del radio* (novela ilustrada; continuación). - *La ocupación de Tetuán*.

Grabados. - *La paz de la a'dia*, cuadro de la señora de Lucas Robiquet. - Dibujo de Carreres, ilustración a *El hijo pródigo*. - *La cigarrera*, cuadro de Gonzalo Bilbao. - *La batalla de San Lorenzo. El parte de la batalla*, cuadros de Pedro Blanqué. - *París. El presidente de la República en el Hospital de San Antonio* (tres fotografías). - *La guerra de Oriente* (tres fotograbados). - *Esposales en la antigua Roma*, cuadro de J. Muzzioli. - *El chispero, Mercedes la Gitana, Taller de la Fábrica de Tabacos de Sevilla*, cuadros de G. Bilbao. - *Estatua de San Juan Bautista*. - *Escena final de la ópera «Tabaré»*. - *Londres. Incendio del pabellón Kew*. - *Ocupación de Tetuán*. - *Barcelona. Notas de actualidad*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se ha estrenado en el Real una ópera sumamente pesada (aunque de actos pocos y cortos), titulada *Ariana y Barba Azul*. El libreto es de Metterlinck y la música de Dukas; pero yo (con todo el respeto que ambos nombres más o menos ilustres me merezcan) declaro que no me hizo maldita la gracia ninguna de las dos cosas.

La música de Dukas es... un trufado sin trufas, o sea una servil imitación de Wagner sin Wagner. Y el libreto... iba a decir que una simpleza, pero no sería cortés el vocablo. Pongamos que es una equivocación..., al menos, para ópera.

Sin vacilar ni un instante, prefiero *Barba Azul*, de Offenbach, y no digamos, el antiguo cuento popular, con su ingenio dialógico:

- Hermana Ana, ¿no ves venir nada?

Y la trágica respuesta:

- Veo el camino que blanquea y la yerba que verdea...

Barba Azul, protagonista de la leyenda, fué, en la realidad, mucho más terrible personaje. Era un señor feudal llamado Gil de Retz, y su castillo o *manoir* se conserva en Francia, muy ruinoso. Gil de Retz no mataba mujeres, sino niños. De huesos de criaturas aparecieron colmados los pozos y los *in pace* de la fortaleza sombría. Gil de Retz las pagó todas juntas en el patíbulo. Y la imaginación popular creó la aterradora conseja del gabinete en que no se podía entrar sin resbalar en la sangre y en el cual seis mujeres difuntas colgaban de la pared. Este drama imaginario, al pasar a libreto, se ha convertido en un simbolismo que, para mayor dolor, nadie está acorde en descifrar. Las cosas simbólicas no han de ser, desde luego lo reconozco, tan claras como el agua; sin embargo, han de sugerir una idea y abrir un camino de luz al entendimiento y al sentimiento. Ved el rey de los mitos, el de Psiquis y el Amor. Acaso pueda interpretarse de dos maneras, pero no contradictoriamente, y siempre con sentido hondo y hermoso. Aquí, en esta *Ariana* cuya música, al través del teléfono, me ha sonado a rapsodia, se supone que Metterlinck algo quiso dar a entender. Dijo acaso, como Dante Alighieri:

*Guardate la dottrina che si asconde
sotto il velame degli versi strani...*

La doctrina que trata de inculcar Metterlinck - si en efecto quiere inculcar alguna - dicen que es o feminista, o antifeminista; y ya esto descubre lo peliagudo y ambiguo de simbolismo tal. En efecto, Barba Azul, en esta obra, en lugar de dar muerte a sus esposas desechadas, lo que hace es recluirlas en un cuchitril o subterráneo, en compañía de un riquísimo tesoro de perlas, diamantes, rubíes y esmeraldas. Allí, entre tinieblas, tasado el aire, en soledad y apartamiento, viven las pobres señoras, emblema del modo de proceder del varón con la hembra, a la cual aprisiona y oculta, mientras él disfruta libremente de los goces y sabores de la vida, y correteo por donde le place. Ariana, que liberta a las esposas de Barba Azul, es, como si dijéramos, una especie de sufragista, que salva a su sexo oprimido y sumido en cautiverio secular. Hasta aquí una de las interpretaciones. La otra es, absolutamente, la contraria. En las mujeres del tirano, que al salir a la luz y a la libertad, vuelven voluntariamente a someterse y rehúsan partir con Ariana, a ver un poco de mundo, se simboliza, según parece, a la mujer, siempre esclava por naturaleza, siempre deseosa de soportar el yugo y de doblar el cuello, aceptando un señor. No sabemos, pues, a qué carta quedarnos, y en la duda, nos limitamos a afirmar que ni a nosotros ni al respetable público nos convenció la operita.

Como si lo poco que triunfa en los espacios del arte estuviese sentenciado a desaparecer, las más aflictivas noticias corren acerca de dos soberanos de

la escena, Titta Ruffo y Anselmi. Del delicado Des Grieux, del fascinador «cavalier Cavaradossi» se susurra que está atacado del más poético, pero no del menos cruel, de los males; que está tísico... Ojalá no sea verdad; ojalá los muchos recursos de que hoy dispone contra ese mal la ciencia, al defender la vida de un rico, que puede cambiar de climas y seguir planes, vengzan a la enfermedad insidiosa. No quisiéramos vernos condenados a no escuchar nunca el célico «¡Oh Manon!» en que las lágrimas parecían rebosar, entre la más dulce expresión que caber pueda en garganta humana. Hay tantos señores que no hacen sino aburrir al público; hay tantos «lateros» como ordinariamente se dice, que bien pudo el microbio funesto perdonar a Anselmi y tomarla con alguno de los enemigos de nuestra felicidad... Y en cuanto a Titta Ruffo, siempre hemos tenido suspendida sobre la cabeza la espada de Damocles. Que se retire este año. Que no canta sino el que viene. Que no quiere cantar, cosa decidida. Que se va a retirar a una casita blanca, al borde de un golfo, entre azahares. Que como le fastidien, ni la temporada acabará. Que ya se esfuma. Que se esfumó... Se oye a este divino artista - divino porque es tan humano - con la angustia de perderle, antes que con el goce de escucharle. ¿Será la última vez? Pongamos el alma en el oído, que acaso ya sólo en un disco de gramófono... Para colmo, este año corre el rumor de que va quedándose sordo Titta Ruffo, siendo tal la razón de sus planes de renunciar al arte para siempre...

Quiera Dios que todo ello sea invención pura.

Lo cierto es que, a pesar de estos y otros anuncios tristes, y de las suspicacias del auditorio del Real, que es de lo difícil entre la afición europea, yo encuentro a Titta Ruffo, este año, aun al través de la ingrata transmisión telefónica, más poderoso de voz y más vibrante de expresión que nunca. Hay frases que nadie las volverá a decir como él, de un modo tan desgarrador, tan patético. El brindis de *Hamlet*, la entrada del bufón en el tercer acto de *Rigoletto*, el «non rider» de los *Payasos*, nos dejarán memoria eterna, serán lo que fueron el «Spirto gentil» y el «¡Oh Paradiso!» en boca de Julián Gayarre: algo inimitable, único...

Y falta nos hace la lírica para consolarnos de la dramática. ¿Cuándo podremos registrar un verdadero éxito, algo que nos retrotraiga a los días de oro del teatro español? Tema es este que no quiero agotar; más valdría dejarlo indicado al buen entendedor...

Pasando a otro bien distinto, diré que, ahora en primavera, hay en Madrid dos cosas que parecen florecer, al influjo de la fuerza germinadora. Y nadie lo extrañará en las verduras y hortalizas, pero lo admirará todo el mundo en las antigüedades. En efecto, es ahora, o mejor dicho en Pascua de Resurrección, cuando vienen a Madrid los turistas cándidos, que compran toda clase de *bric-a-brac*, y se llevan a sus países cosas más falsas que Judas; y es ahora también cuando los puestos de verduras, en los mercados, se presentan surtidos de infinidad de *primeurs*, como en París se dice, que la naciente afición aquí despertada al plato de verdura permite despachar a precios fantásticos... Un haz de espárragos, veinticinco pesetas...

Yo ignoraba - ¡es tanto lo que se ignora! - que Madrid pagase a París tributo en este ramo. He podido convencerme de que las hortalizas finas, de allí vienen. Las endivas, las escorzoneras, los espárragos tempranos, se traen de Francia.

No entiendo por qué no se organiza aquí bien el cultivo, para evitar esta inferioridad de nuestra horticultura. Ello es que así ocurre, y aun sucede algo más gracioso: existen hortalizas «elegantes» y hortalizas «cursis». Por ejemplo, las escorzoneras, o salsifíes, muy desdeñadas en el Diccionario, que las recomienda como diuréticas, son, en este momento, la crema de las hortalizas, y aquel a quien le guste más la castiza chirivía o el aldeano nabo, demostrará ser persona de todo punto ordinaria y zafia en sus preferencias.

Tampoco hable nadie de la castiza lechuga, ensalada clásica de los barrios bajos, donde esté la endiva, con su airecillo de señorita modernista y remilgada, apretadita en una túnica blanquiverde. Y donde se presente la escaluña o *échalotte*, quítese el ajo, y, ante las judías verdes, humillese el tirabeque nacional.

La verdad es que aquí no ha solido ser desmedida la afición a las verduras, a pesar del antiguo rigor de los preceptos cuadragesimales. En la cocina nacional, las verduras sólo aparecen en dos formas: o como componentes de las escudellas y potes regionales - donde dominan las coles, las habas y las patatas - o como elemento de las ensaladas frías, en que hacen el gasto el tomate, la lechuga, el pepino y el pimiento. Como plato serio de mesa suntuosa, em-

piezan ahora a admitirse; pero, hasta la fecha, se consideraban las hortalizas algo de menor cuantía y muy desdeñable.

Para los que observen el ayuno prescrito por la Iglesia en este tiempo del año y hagan colación «según se usa entre gente de buena conciencia», voy a dar dos o tres minutos, producto de la experiencia de ayunadores que ni quieren comer mal del todo, ni faltar a lo mandado.

Primera minuta de colación de Cuaresma: Garbanzos fritos a la española; macarrones con tomate; endivas estofadas; ensalada sevillana, de escarola, berros y aceitunas negras; compota de manzana.

Segunda minuta: Sopa nogada; alcachofas rellenas de pan; torta de zanahorias y macarrones finos; ensalada de patatas cocidas, con pimientos morrones; pasta de membrillo.

Tercera minuta: Sopas de ajo; inflado de coliflor con queso; hongos a la bordelesa; lombarda con manzana agria; dulce de naranja.

Cuarta minuta: Gazpacho andaluz; patatas sopladas, con escorzoneras fritas; pimientos encarnados rellenos de arroz; coles de Bruselas salteadas; frambuesa inglesa.

Quinta minuta: Potaje de castañas; acelgas y cardo, en estofado; patatas rellenas y asadas; arroz con setas; albaricoque de Vichy.

De todo esto me figuro que nadie ignora las recetas, porque no son platos misteriosos de alta cocina, de esos que tienen mucho de fórmula química, y algo de jerigonza astrológica; sin embargo, diré cómo se hacen dos o tres, que por especiales circunstancias supongo menos conocidos.

La sopa nogada, por ejemplo, la creo muy recóndita, aun cuando algunas fórmulas que pueden parecerse encuentro en los manuales. Se hace tostado primero muy bien las rebanaditas de pan, que ha de ser fino y con corteza crocante, como esas menudas alcachofitas de Viena que se sirven en las mesas algo delicadas de Madrid. Se reblandece luego en una sartén, con aceite andaluz (al cual, por supuesto, se le ha quitado el verde) un picado de cebolla. No ha de dorarse. Se maja luego en un mortero un puñado de nueces, seis almendras y una cucharada de piñones. Se echa el majado en la cazuela, sobre las rebanadas de pan, y antes, se habrá añadido el aceite y la cebolla. Se pone agua caliente a proporción, se salpican, entre las rebanadas y el majado, unas cuantas pasas de Málaga, se sala con tres partes de sal y una de azúcar, y se deja dar un par de hervores a fuego vivo. Luego se pasa al horno templado, a que reduzca un poco y forme costra.

La lombarda con manzana agria es una receta extranjera, de la cocina del Norte. Con todo género de coles hace muy buena juntanza la manzana, y cuanto más agria, mejor. La lombarda y la borracha ganan muchísimo con ese añadido.

A toda col debe tirarse la primera agua, y volver a cocerla con otra. Toda col debe cocer mucho, estar blanda, igual que manteca. A media cocción se le agrega la manzana despepitada y partida en cuarterones. Hay que suprimir de la sazón el ajo, porque raro es el guiso del Norte en que entre este bulbo provenzal y gascón, más que español. En efecto, los franceses se horripilan mucho de nuestra cocina a *l'ail...* y buena parte de Francia emplea el ajo y el aceite con más prodigalidad que nosotros. En este particular, Marsella no tiene que envidiar a Cataluña, y Burdeos no le va en zaga a Sevilla.

Volviendo a la col con la manzana agria, se sazona como otra ensalada cualquiera, pero se le añade algún azúcar, a menos que se prefiera servirse en recipiente aparte, con la cucharilla tamizadora.

Yo probé agregar a esta ensalada un chorrito de miel, en el mismo plato, y afirmo que le cae bien.

La miel es una de las cosas más lindas y poéticas que en España se crían, y espero que ha de llegar a ponerse muy de moda. Recuerda flores, abejas, campo, y tiene perfume, y es transparente como oro derretido. Mientras en Suiza la sirven con el te, aquí parece que la desdeñamos por cosa popular y anticuada. La Alcarria nos la envía en orzas y en frascos, y apenas si, en una mesa elegante, llega a verse nada ni condimentado ni adicionado con ese jugo tan exquisito y de tan clásico abolengo. Quisiera restaurar la miel alcarreña y las demás mieles españolas, hasta la obscura y pegajosa miel de mi país. Por eso hice la prueba de Hermanarla con el plato directamente inspirado por la rubia Alemania. Y no riñeron, a fe, las abejas de la Alcarria, con las germánicas coles, antes al contrario, ganaron ambas al maridarse. Con el mismo derecho que Metterlinck en *Barba Azul*, quise ver un símbolo en el caso. Debemos conservar todo lo tradicional de la patria, y conocer y usar todo lo extranjero.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL HIJO PRÓDIGO, POR CARLOS GARCÍA ANNÉ, dibujo de Carreres



... y recostando la cabeza sobre la cama, meditó largo rato acerca de su situación

En el mundo hay, seguramente, muchas casas más suntuosas, más ricas, más señoriales que aquella *casita de plata* donde la señora Dolores, la buena señora Dolores, vivía con sus dos hijos, Evaristo y Teresa; las hay, porque ellos distaban mucho de poseer lo que hizo célebre a Creso, y no podían permitirse, como en las casas de los grandes señores, los refinamientos sibaríticos del lujo y de la ostentación. Sin embargo, yo os aseguro, delicadas lectoras mías, que difícilmente hubierais podido encontrar otro hogar más aseado, más limpio y cuidado con mayor esmero que el hogar, dichoso en su modestia, de aquella bondadosa anciana cuya blanqueada cabeza, cuya sonrisa afectuosa, cuya mirada franca y noble, cuyo afable trato, cuyo aspecto físico y moral imponían a un mismo tiempo respeto, confianza, cariño y veneración.

La señora Dolores era viuda; su marido había muerto, hacía ya algunos años, sin dejar a la familia otro patrimonio que un apellido sin mácula y un edificante ejemplo de honradez y de laboriosidad. El Sr. Anastasio fué, en vida, lo que se llama un hombre modelo. A los catorce años entró como aprendiz en una imprenta, y en la misma imprenta continuaba trabajando cuando le sorprendió la muerte después de cuarenta y seis años de buenos servicios prestados en aquella casa. Sin medios de fortuna para adquirir una instrucción sólida, llegó a ser, empero, un hombre de conocimientos extensos y nada vulgares, porque el oficio de tipógrafo, el que mejores condiciones ofrece para los trabajadores ávidos de cultura, fué aprovechado por él en ese sentido. Su inteligencia, su actividad, el esmero con que realizaba el trabajo, su conducta intachable personal y profesionalmente, le habían granjeado el afecto de sus principales, que recompensaban con largueza su labor, sirviendo ello de estímulo a los demás operarios de la casa.

Algunos compañeros levantiscos, en cuyos espíritus habían hecho mella las predicaciones de los agitadores de oficio, se permitían murmurar de Anastasio porque éste sostenía que en vez de destruir la

riqueza por la huelga y por el *sabotage*, era necesario crearla trabajando mucho y bien para que la casa ganase más y pudiera remunerar mejor a sus obreros. Le llamaban el predicador y le acusaban de estar vendido. No lo estaba, que lo que decía era nacido de su propia convicción; pero como producía más y mejor que los otros, en su casa se comía mejor también y se vestía con más decencia, sin que a nadie debiese un céntimo. Acaso no podrían decir otro tanto los que de él murmuraban.

A la muerte de Anastasio, su hijo ocupó la plaza vacante en el establecimiento tipográfico. Evaristo había heredado todas las buenas cualidades que adornaron a su padre. Inteligente, juicioso, sano de espíritu, ponía en el trabajo todo su saber y su voluntad toda, y cifraba su mayor ilusión en que llegara el sábado para poder llevar al hogar de los suyos la recompensa a sus afanes y a su laboriosidad. Teresa, su hermana, trabajaba en la costura de ropa blanca, y entre ambos mantenían a su madre, prodigándole caricias y cuidados, y recibiendo, en cambio, las bendiciones de la anciana.

Si hubierais conocido, como conocí yo, a aquella familia, feliz en su modestia, porque con lo que tenía se conformaba, hubierais sentido, como sentía yo, una simpatía irresistible por ella.

La señora Dolores estaba contenta con su existencia tranquila y patriarcal, y satisfecha de la virtud de sus hijos, dignos descendientes de aquel hombre honrado que la ley fatal de la muerte la hizo perder. ¡Cuántos poderosos envidiarían la dulce felicidad de que gozaban los moradores de aquella casita blanca, inundada de luz y de alegría, y cuántos hubieran deseado cambiar su vida azarosa, llena de sobresaltos y de peligros, por el vivir risueño y tranquilo de aquellos dos jóvenes que no tenían otra preocupación que la de hacer dulces los últimos años a su madre, y de aquella anciana bondadosa, todo amor y todo corazón, que sólo se ocupaba en adorar y bendecir a sus hijos!

Levantábanse temprano los tres. Salía Teresa a comprar lo necesario para el día, mientras la señora

Dolores regaba las rosas, los geranios y los claveles, que se mostraban lozanos en las macetas colocadas al sol en la ventana, y Evaristo ponía comida y agua al canario que cantaba alegremente en el comedor y a los jilgueros que se bañaban al sol en las pequeñas jaulas colgadas en la fachada blanca de la casa. Después, el desayuno frugal y cada cual a su labor: Evaristo, a la imprenta; Teresa, a la máquina de coser, moviendo los pies vertiginosamente con la fiebre santa del trabajo; la señora Dolores, calándose las gafas, hacía media, interrumpida a cada momento en su labor por el gato al saltar una y mil veces sobre las rodillas de su ama, arqueando el lomo, cerrando los ojos perezosamente y frotando la cabeza contra las manos de la señora Dolores, como si pidiera caricias que la anciana mujer no le regateaba nunca. De vez en cuando, la madre o la hija se levantaban para vigilar el puchero, que hervía con sorbo rumor en los fogoncillos de la cocina...

A la una volvía Evaristo de la imprenta y los tres se ponían a comer. Por las noches, después de la cena, Evaristo leía un rato en alta voz y se acostaban todos temprano para reanudar la misma vida al día siguiente. Los domingos, cuando el sol derramaba generosamente sus hermosos rayos sobre la tierra, alegrándola con su calor y con su luz, salían juntos los tres a respirar los aires puros y benéficos del campo.

Esta vida se deslizó así bastante tiempo, durante el cual ni la nubecilla más pequeña empañó el hermoso cielo azul de aquella familia. La truncaron los falsos amigos, que nunca faltan al hombre. Evaristo empezó por salir de casa algunas noches y sus salidas se hicieron más frecuentes cada vez. También dejó de acompañar a su madre y a su hermana en los paseos dominicales. Sin embargo, la señora Dolores nada le dijo.

— Los jóvenes, decía al hablar con su hija del cambio que notaban en Evaristo, necesitan divertirse. ¿Quién sabe si algún amorcillo?.. Porque ya tenéis edad para casaros, tanto tú como él. Y si tu hermano se ha enamorado y la muchacha es buena...

En parte, acertaba la señora Dolores, pero se había forjado ilusiones excesivas; el ídolo de Evaristo no era digno de él. El joven se había enamorado de una mujer viciosa, a la que había conocido en un cafetín de los barrios bajos adonde solía concurrir con sus amigos y en el cual actuaba ella como cupletista. Se la conocía por la *Ojeras* y la acompañaba siempre — siempre que convenía que alguien la acompañase — una mujer llamada la señora Engracia, que se hacía pasar por madre de la artista y que en realidad no era otra cosa que una intermediaria del amor que se vende.

La *Ojeras* trastornó la cabeza al pobre Evaristo y éste comenzó a olvidar sus deberes de hijo y de obrero; muchos días no acudía al trabajo, motivando frecuentes repreciones y advertencias de sus superiores, advertencias y repreciones que él procuraba neutralizar con capciosos pretextos, y muchas noches también dejó de ir a dormir a su casa, sobresaltando a la señora Dolores, quien empezaba ya a sospechar que su hijo iba por el camino de la perdición.

Luego, entregaba a su hermana una parte solamente de su salario semanal, y por fin llegó un sábado en que, catequizado por la repugnante Engracia, no entregó nada; pretextó que, por el camino, unos desconocidos le habían atracado y le robaron cuanto dinero llevaba encima, además del reloj y de la cadena, recuerdos de su difunto padre. Poco acostumbrado a mentir, se sonrojó al decir esto. Su madre y su hermana, que desde los primeros momentos habían sospechado la triste verdad, dieron al joven cariñosos consejos que él recibió en mala forma, siguiendo a la réplica la insolencia, a la insolencia el enojo y al enojo una seca despedida. Aquella noche, Evaristo, abandonando a su madre y a su hermana, se fué a vivir con su amante, instalándose definitivamente en aquella casa sucia y descuidada, tan diferente de la suya, lo que le valió un caluroso elogio por parte de la *Ojeras* e infinidad de ditirambos de la señora Engracia, quien le felicitó por haber sabido emanciparse de la tutela de la familia.

Teresa y la señora Dolores lloraron mucho, mucho... Al menor ruido, creían volver a ver entrar por aquella puerta, arrepentido y confuso, a aquel muchacho que se había llevado consigo la dicha, la paz y la tranquilidad de un hogar feliz. Sin embargo, pasaron los días, pasaron los meses, y Evaristo no volvió; había olvidado los besos santos de la madre, los tiernos cuidados de la hermana. De su casa, limpia y alegre, no se acordaba ya; en cambio, se hallaba muy a gusto en aquel cuartucho sucio, obscuro y reducido que servía de alcoba y de comedor a un tiempo, sin otros muebles que dos sillas, una cama, un espejo con marco negro, una mesa de noche y otra para comer. Allí se comía poco, pero se reía mucho, y a falta de substancioso puchero, había en abundancia botellas de Jerez, de manzanilla y a veces de champaña, que se vaciaban alternando con los picarescos *couplets* que entonaba la *Ojeras* acompañándose ella misma o acompañándola él con la guitarra.

Pasó algún tiempo. Una noche, después que los amantes hubieron vaciado un par de botellas y cantaban a dúo una petenera, sonaron en la puerta dos golpecitos y una voz femenina dijo tímidamente: — ¿Se puede?

Al oír el timbre de aquella voz, para él tan conocida, Evaristo sintió una conmoción violentísima, dejó la guitarra apoyada en la mesa y se puso en pie como movido por un resorte.

— Adelante, contestó, sin saber lo que decía.

La puerta se abrió y en su dintel apareció la figura, tímida y medrosa, de una joven. Era Teresa, pero ¡qué cambiada! A Evaristo le costó trabajo reconocerla; palidísima, delgada, con los ojos hundidos y rodeados por amoratado cerco, con las huellas del dolor fuertemente impresas en el descolorido semblante, más parecía un esqueleto que una bella muchacha. Al hallarse frente a su hermano, y, sobre

todo, al ver a aquella mujer que le acompañaba, Teresa no supo qué decir.

— ¿Qué quieres?, dijo Evaristo con sequedad. ¿No os dije que no quería volver a veros?

Teresa rompió en amargo llanto. — Es decir..., es decir, hermano mío..., ¡que me desprecias!, pudo articular al fin.

Evaristo no contestó; formósele en la garganta algo así como un nudo que le impidiese hablar y las lágrimas pugnaron por salir de sus ojos.



La cigarrera, cuadro de Gonzalo Bilbao. (Salón Vilches, Madrid.) (De fotografía de J. Barrera.)

La *Ojeras* comprendió que estaba a punto de perder una batalla decisiva y dijo:

— Sí, Evaristo desea que se retire usted y que no vuelva a molestarnos.

— Está bien, hermano mío, dijo Teresa sin mirar a la cupletista; pero ya que me desprecias a mí, te dejo esto, añadió poniendo una fotografía sobre la mesilla de noche, para que tengas al menos un recuerdo de nuestra madre, de nuestra pobre madre, enferma desde que tú te marchaste de casa; de nuestra pobre madre, que tendrá que ser llevada al hospital, porque carecemos de recursos gracias a tu abandono; de nuestra pobre madre, ¡madre mía!, que se muere, que se morirá si tú no vuelves para devolverle, con tus caricias y con tu arrepentimiento, la vida que se le escapa...

Y deshecha en llanto, salió de la habitación.

— ¡Teresa! ¡Teresa! ¡Espérame!, dijo Evaristo tomando su sombrero y siguiendo a su hermana con frenético arranque. ¡Voy contigo, voy a casa para pedirte perdón y no separarme jamás de vuestro lado!

La *Ojeras* quedó anonadada. Dejose caer, sin aliento, en una silla y, recostando la cabeza sobre la cama, meditó largo rato acerca de su situación. Luego se quedó dormida..., y soñó. Su sueño era la verdad: soñó que Evaristo se arrojaba ante el lecho de su madre, que la pedía perdón, conmovido y lloroso, que la anciana le besaba como sólo una madre puede besar, que le abrazaba su hermana con inmenso cariño, que la enfermedad de la señora Dolores desaparecía después, que Evaristo volvía a ser lo que siempre había sido, es decir, un buen hijo y un buen obrero, y que la *casita de plata*, la casita blanca, aseada y limpia, inundada de luz, volvía a recobrar la

alegría que había perdido. Soñaba la verdad, la verdad pura...

Y al lado de aquel cuadro, presentábase también en el sueño de la *Ojeras* la visión de su propia niñez, cuando su madre, buena, honrada, cariñosa, derramaba sobre ella tesoros inagotables de dulzura y de amor y la enseñaba el bello camino de la virtud, del cual la había apartado Engracia cuando la recogió, para explotarla, al morir su madre. Se sentía miserable, criminal, al ofender el recuerdo sagrado de la muerta y odió, odió con toda su alma a aquella mujer maldita que había sido su perdición.

El sueño de la *Ojeras* fué interrumpido por el ruido que hizo la puerta al abrirse. En el espejo, que estaba enfrente, se dibujó la figura siniestra de la vieja Engracia.

— Hola, hija mía, dijo al entrar. ¿Y Evaristo?

— Se ha marchado y no volverá más. Ha ido a pedir perdón a su madre. Me abandona para siempre; se fué sin despedirse, sin mirarme siquiera.

— No será para siempre, te lo garantizo, hermosa, dijo con zalamería la vieja. Yo me encargo de reconquistarlo para ti.

— Guárdate bien de hacer eso, replicó vivamente la *Ojeras*. Evaristo es un hombre honrado y no quiero que le apartes del buen camino. Ha bastado un retrato, ha bastado una palabra, ha bastado su alma grande y generosa para que corra a su legítimo hogar a pedir perdón a su madre. Por culpa tuya pisoteé yo la honrada memoria de la mía...

— ¡Pero *Ojeras*, hija!..

— No me llames *Ojeras* ni me llames hija. Llámame Mercedes, que es mi nombre. O mejor dicho, no me llames nada; márchate y no vuelvas a presentarte ante mi vista, porque me repugna verte..., lo mismo que a estos trastos, añadió destruyendo con furia las botellas, las copas y la guitarra. El rasgo de Evaristo me ha conmovido..., ¡y yo también quiero ser buena! Desde este momento mi guitarra serán las tijeras y la aguja, mis *couplets* la canción santa del trabajo.

Mercedes giró la vista en derredor. La vieja había desaparecido. Entonces, cayendo de rodillas y alzando al cielo la mirada, murmuró:

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Virgen Santísima! ¡Qué felicidad es volver a ser honrada!

CUADROS DE PEDRO BLANQUÉ

En los salones de la Biblioteca Argentina de Buenos Aires, se ha efectuado una Exposición de obras del pintor Pedro Blanqué, especialmente conocido por sus cuadros inspirados en asuntos de la historia de la nación argentina.

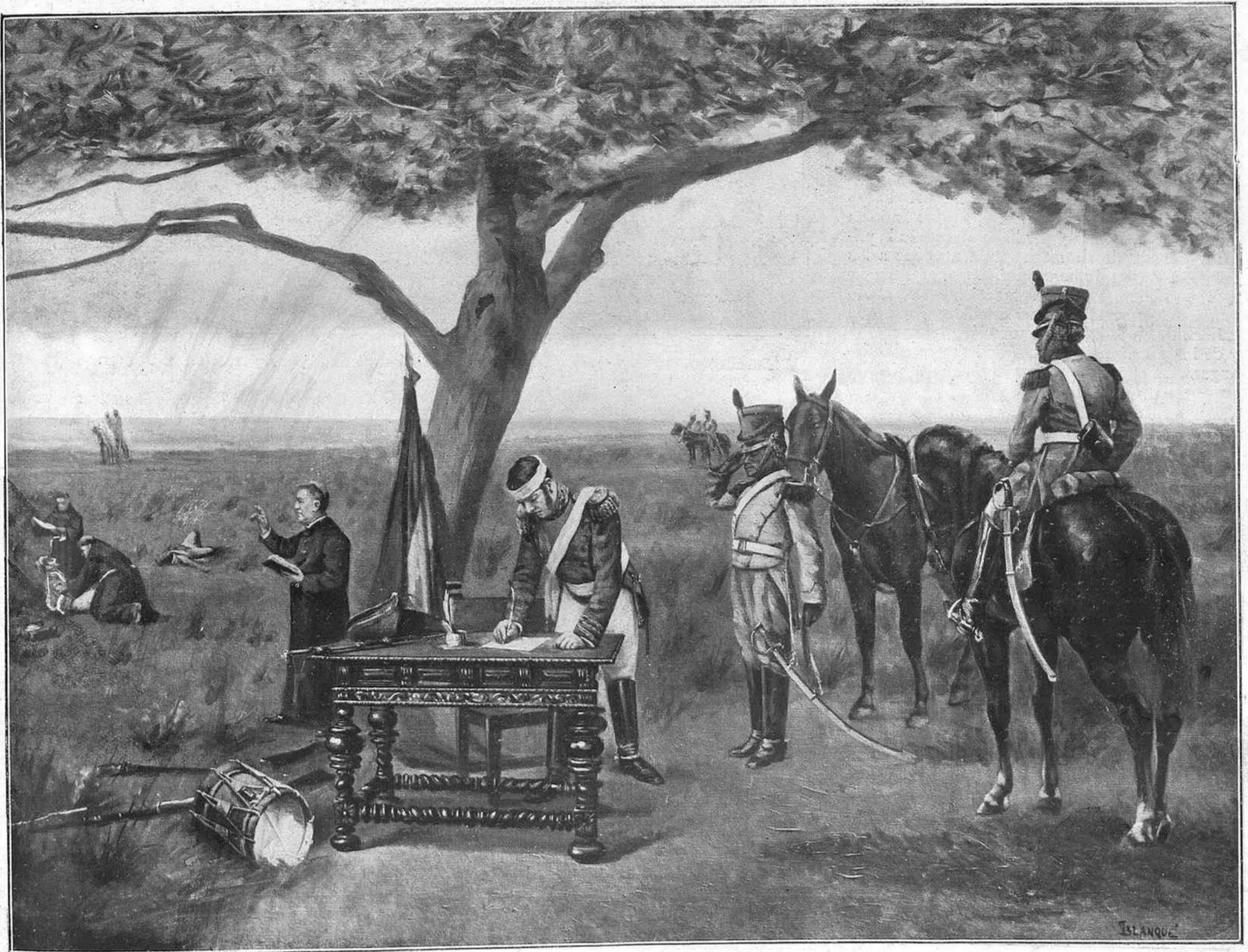
Entre los lienzos recientemente expuestos han llamado la atención los dos que en la siguiente página reproducimos y que se refieren al *Combate de San Lorenzo*, librado en 3 de febrero de 1813 entre los granaderos del entonces coronel San Martín y las tropas de la escuadrilla realista que, al mando de D. Juan Antonio Zabala, realizaban frecuentes correrías no sólo por el estuario del Plata, sino también por los ríos Uruguay y Paraná. El primer cuadro representa el momento culminante de la lucha entablada frente al convento de San Lorenzo; el segundo al caudillo vencedor redactando el parte de la victoria, y ambos han valido al Sr. Blanqué elogios de la crítica bonarense, y felicitaciones de políticos y generales.

El Dr. D. Estanislao S. Zeballos, ilustré pensador, escribió al Sr. Blanqué, a propósito de dichos lienzos, una carta de la que copiamos el siguiente párrafo:

«Estimado señor, me complazco en acusar recibo de su cuadro sobre el combate de San Lorenzo que le agradezco mucho. He examinado detenidamente su dibujo y lo encuentro de excelente ejecución histórica. Aunque es difícil reconstruir con exactitud aquella escena, dada la falta de dibujos de la época, su criterio artístico se aproxima a lo que fué posiblemente la realidad. Es por lo menos muy verosímil y constituye una página digna de permanecer en nuestra historia de la Independencia.»



La batalla de San Lorenzo, ganada por San Martín el 3 de febrero de 1813



El parte de la batalla de San Lorenzo

PARÍS. — EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EN EL HOSPITAL DE SAN ANTONIO Y EN EL CONCURSO AGRÍCOLA



Visita del presidente de la República al Hospital de San Antonio. (Fot. Chusseau-Flaviens.)

El primer acto oficial realizado por el nuevo presidente de la República francesa Sr. Poincaré ha sido la visita al Hospital de San Antonio, que efectuó al día siguiente de haber tomado posesión de la presidencia acompañado del general Beaudemoulin, jefe de su casa militar, y del Sr. Briand, presidente del Consejo de Ministros.

Recibido en el benéfico establecimiento por los prefectos de policía y del Sena, por una comisión de concejales presidida por el alcalde, y por el director de la Asistencia Pública, el Sr. Poincaré comenzó su visita por la sección de cirugía, informándose minuciosamente de los servicios que en ella se prestan bajo la dirección del Dr. Lebar. Recorrió luego los departamentos de radiología y de radioterapia que dirigen el profesor Beclere y el Dr. Jaugeas y el de oto-rino-laringología que está a cargo del Dr. Lermoyez.

Terminada la visita, el presidente se dirigió al anfiteatro de las clases, en donde se hallaba reunido todo el personal de médicos, internos, vigilantes y enfermeros, y una vez allí el Sr. Mesureur, director de la Asistencia Pública, pronunció sentidas frases haciendo la presentación del cuerpo médico y del cuerpo hospitalario, y expresando su gratitud al Sr. Poincaré por haber dedicado la primera jornada de su magistratura a visitar a los enfermos y a los desheredados.

El presidente contestó agradeciendo la presentación del personal de aquel establecimiento, que calificó de ciudad de la abnegación, del sacrificio y de la caridad, felicitándose de haber podido inaugurar su alta magistratura con aquella visita y

dirigiendo, en nombre del gobierno, el testimonio de su gratitud y de admiración a todos los allí presentes.

El Sr. Poincaré fué calurosamente aclamado y antes de salir del hospital recibió un magnífico ramo de flores que le entregó una enfermera para que lo ofreciese a su esposa en nombre del personal hospitalario.

Tres días después el presidente de la República visitó el Concurso Agrícola instalado en el Gran Palacio, habiéndole acompañado en aquel acto su distinguida esposa, rica y elegantemente vestida. El Sr. Poincaré, a cuya llegada el numeroso público allí congregado prorrumpió en entusiastas aclamaciones, fué recibido por el actual ministro de Agricultura Sr. David; por los tres exministros de este departamento Sres. Meline, Viger y Raynaud; por el presidente del Concejo municipal Sr. Galli; por el Sr. Delanney, prefecto del Sena, y por un gran número de altas personalidades.

El presidente visitó primeramente la sección de animales cebados y luego la exposición de flores y frutas organizada por la Compañía París-Lyón-Mediterráneo, en donde las señoras de Poincaré y de David fueron obsequiadas con preciosos ramilletes. Pasó después a las instalaciones de la casa L. Hanun y C.^a, constructora de aparatos para la producción del alumbrado eléctrico y la conducción de agua en el campo, recorrió la sección de la alimentación, fijándose especialmente en la instalación de productos vegetales alimenticios higiénicos de la casa Barrey, y visitó los gallineros.

En la nave central, admiró el admirable *parterre* de jacintos, obra de los señores Vilmorin, Andrieux y C.^a, y en el salón de honor, la instalación de la



La «toilette» de uno de los más hermosos ejemplares que figuran en el concurso. (Fot. Rol.)



El presidente de la República y el ministro de Comercio Sr. David recorriendo las instalaciones de la Explanada de los Inválidos. (De fotografía de M. Rol.)

casa Victor Boret, de Saumur, que se dedica especialmente al cultivo de semillas seleccionadas.

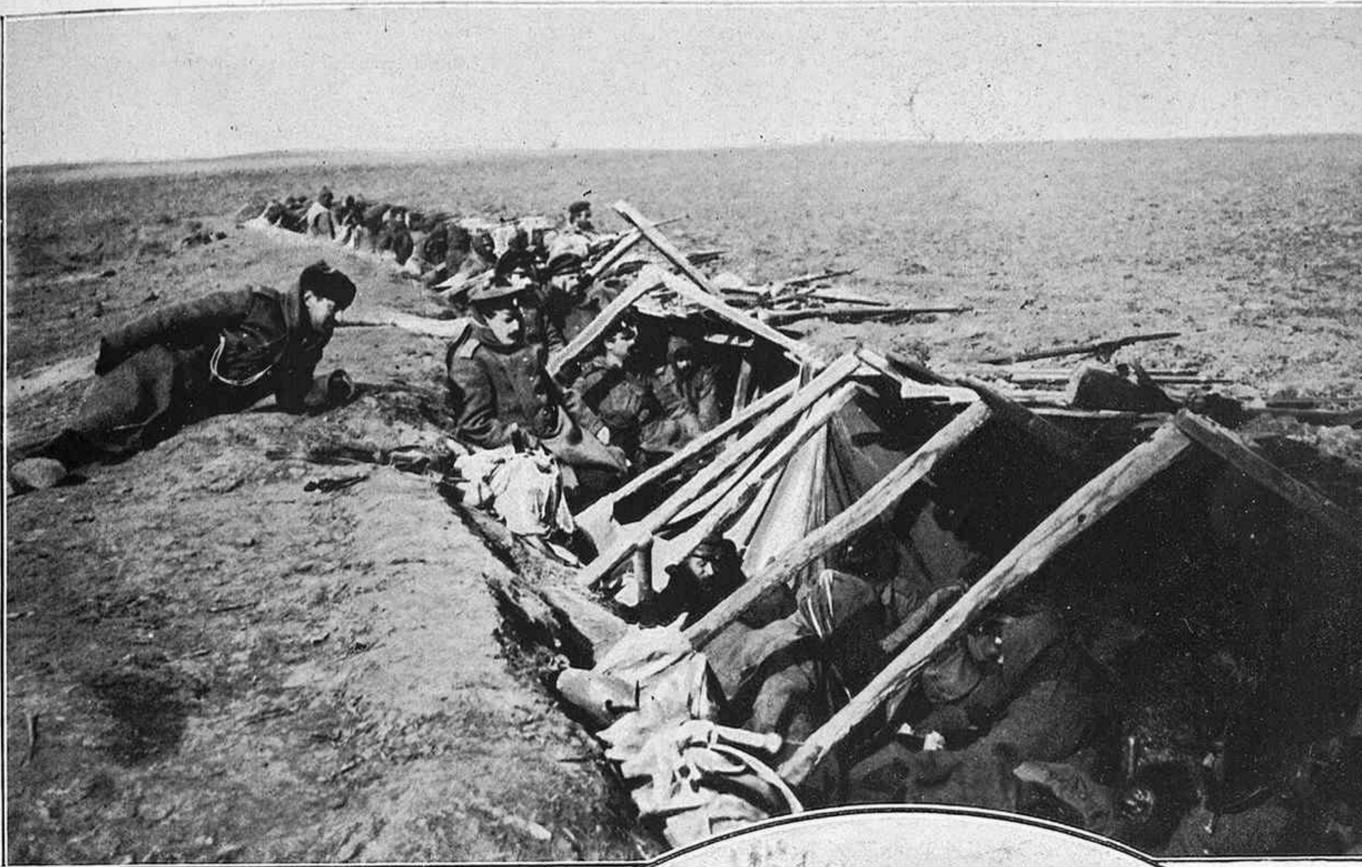
Desde el Gran Palacio, dirigióse la comitiva oficial a la Explanada de los Inválidos, en donde se hallaban expuestos los instrumentos y las máquinas agrícolas y otros objetos y materiales relacionados con la agricultura.

El Sr. Poincaré detúvose particularmente en la sección de cobertizos construídos por la casa Veauvy, de Tours; en la instalación de las fábricas Dion-Boutón, que exponen una serie completísima de motores agrícolas de marcha lenta del mayor interés, y en las de arados Magnier-Bredu, de aperos automáticos de la casa Simón hermanos de Estrasburgo, del motor Ceres, de las bombas y motobombas Nicolle hermanos y de las máquinas *Domo* para la fabricación de manteca, de la casa Ossian-Baeckman, de Bruselas.

Durante el curso de su visita, el presidente felicitó a los expositores premiados, agradeciéndoles en nombre del país sus trabajos en pro de la prosperidad nacional.

Terminada la visita, los Sres. de Poincaré regresaron al Eliseo, en donde dieron un almuerzo en honor de los expositores premiados en el Concurso Agrícola, al que asistieron también el ministro y el inspector general de Agricultura. — S.

LA GUERRA DE ORIENTE. (Fotografías de Chusseau-Flaviens y Carlos Trampus.)



Trincheras búlgaras delante de Andrinópolis

Continúa estacionaria la situación de los beligerantes en el teatro de la guerra, en donde no ha ocurrido desde nuestra última crónica nada que valga la pena de ser consignado. Sea porque los temporales de lluvia y de nieve constituyen una dificultad grandísima para proseguir las operaciones, sea por otras causas de índole diplomática que aconsejan a los aliados y a los turcos la conveniencia de mantenerse en una actitud expectante, es lo cierto que de hecho se ha establecido entre ellos una tregua que, sin embargo, aprovechan todos para fortalecer sus posiciones por si fuese necesario reanudar las hostilidades, y los turcos especialmente para reforzar sus ejércitos con las tropas que desde el Asia transporta a Europa.

Este período estacionario en que actualmente se halla la guerra apenas si se ha alterado a consecuencia de algunas operaciones realizadas en la península de Galípoli, en donde los aliados parecen haber obtenido algunas ventajas.

Tampoco ha sucedido nada interesante en los sitios de Eskutari, Janina y Andrinópolis. La cuestión de los extranjeros de esta última plaza, de que hablamos en nuestra crónica anterior, no se ha resuelto todavía.

Rechazada por los turcos la proposición búlgara concerniente a la salida de los extranjeros de la ciudad, Chukri-bajá propuso y los cónsules aceptaron, la neutralización de un barrio de Andrinópolis, el barrio de Karagatch en donde aquéllos pudieran refugiarse; pero el gobierno búlgaro notificó a las potencias que no podía admitir esta solución, primero porque en el barrio neutralizado podrían acogerse otros elementos de la población además de los extranjeros, y en segundo lugar porque ello les privaría de la libertad de acción para atacar la plaza por el sitio que les pareciese más conveniente. Bulgaria insiste en su primitiva solución que autorizaba a los extranjeros a salir de las líneas turcas, haciendo al mismo tiempo observar que es más humana puesto que excluye todos los peligros que pueden derivarse de las epidemias del hambre y de los rigores de la estación.

El principal interés de la cuestión de Oriente está, en la actualidad, en lo que hacen las cancillerías.

El conflicto rumano-búlgaro parece haber entrado resueltamente en vías de un arreglo pacífico. En



En Panderma, centro de concentración de las tropas turcas de Asia que se trasladan a Europa. -Soldados turcos incorporándose a las fuerzas que han de ser trasladadas.

Baterías búlgaras emplazadas delante de Andrinópolis

efecto, las potencias, a propuesta de Rusia, se dirigieron oficialmente a Rumania y a Bulgaria preguntándoles si querían confiarles la misión de buscar una solución a la cuestión de las fronteras, que es la que divide a los dos Estados. El gobierno rumano acordó por unanimidad aceptar la mediación propuesta, pero haciendo constar que no se trata de una sentencia arbitral, sino de una mediación tal como la define el convenio de La Haya. Asimismo el gobierno búlgaro ha aceptado la mediación de las potencias, si bien el periódico *Mir* se lamenta de que Rumania haya escogido para promover el conflicto la ocasión en que Bulgaria tiene desguarnecida su frontera por estar empleadas todas sus tropas en Tracia. «De no ser así, dice, no existirían en Rumania la excitación ni las actuales alarmas, que sólo se mantienen a fuerza de reuniones y manifestaciones públicas.»

Hakki-bajá ha declarado que los elementos serios de Turquía desean la paz, pero una paz honrosa que garantice la seguridad de Constantinopla, del mar de Mármara y de los Dardanelos. En efecto, la Puerta parece dispuesta a confiar a la decisión de la conferencia de los embajadores las condiciones de la paz.

En cuanto a los aliados, parecen resueltos a hacer depender sus condiciones de la prontitud con que Turquía pida la paz y a que los preliminares de ésta se firmen en los campos de batalla, aun cuando los detalles se discutan en las conferencias que posteriormente se celebren. Entre aquellas condiciones figura la indemnización de guerra que los aliados afirman haber tenido intención de exigir y de la que no tuvieron ocasión de tratar en la última conferencia de la paz en Londres. Sobre este particular el ministro de Hacienda de Bulgaria ha hecho interesantes declaraciones manifestando que esta petición de los aliados se funda en motivos legítimos, puesto que la responsabilidad de la guerra incumbe enteramente a Turquía, del mismo modo que a ésta debe achacarse el fracaso de las negociaciones de paz, todo lo cual ha causado pérdidas inmensas en hombres, en material, en dinero y en general a la economía nacional de las naciones aliadas. - R.



ESPOSALES EN LA ANTIGUA ROMA, cuadro de Juan Muzzioli

Juan Muzzioli, el celebrado artista italiano, siente especial predilección por los asuntos de la antigüedad clásica. En LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido numerosos cuadros suyos inspirados en la Roma de los Césares, y en todos ellos, como en el que reprodu-

cimos adjunto, se demuestra cuán profundamente ha estudiado aquellas costumbres, cuán bien ha logrado identificarse con ellas y con cuánta fidelidad y maestría ha sabido reproducirlas.



El chispero, Mercedes la Gitana, Taller de la Fábrica de Tabacos de Sevilla, cuadros de Gonzalo Bilbao. (Salón Vilches, Madrid.) (Fots. de J. Barrera.)

Este ilustre pintor sevillano ha llegado a la completa madurez de su talento y al dominio absoluto de la técnica. Si alguna nueva prueba de ello, se necesitara, bien puede decirse que la ha dado, y muy elocuente, en la exposición de obras suyas que se efectuó hace poco en el

Salón Vilches, de Madrid, y en la que pudieron admirarse más de 50 lienzos de distintos géneros, todos hermosos, todos dignos de los elogios más entusiastas por la perfección de su dibujo y la brillantez de su colorido.

EL SAN JUAN BAUTISTA DE DONATELLO

El gobierno italiano ha adquirido recientemente la hermosa estatua de San Juan Bautista, obra de Donatello, que poseía la familia de los condes Martelli de Florencia.

Por esta estatua había ofrecido un multimillonario norteamericano la enorme cantidad de tres millones de liras, pero el propietario de tan preciosa escultura, dando pruebas de un pa-



Estatua de San Juan Bautista, obra de Donatello por la cual un multimillonario norteamericano ha ofrecido tres millones de liras y que su propietario, el conde Martelli de Florencia, ha cedido al gobierno italiano por 400 mil. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

triotismo y de un desprendimiento poco comunes rechazó tan tentadora oferta y prefirió ceder la estatua al gobierno de su país, que sólo le ha pagado por ella 400.000 liras.

El San Juan Bautista de Donatello, que adjunto reproducimos, será colocado en el Museo del Bargello, de Florencia.

Donatello nació en Florencia en 1383 y aprendió los elementos del arte escultórico con un escultor llamado Lorenzo Bicci. Su primer ensayo fué una *Anunciación* de piedra que hoy se ve en la plaza de Santa Cruz de aquella ciudad, y los elogios que por aquella obra se le dedicaron le valieron numerosos encargos y la protección de Cosme de Médicis, quien le confió entre otras cosas la restauración de los numerosos monumentos antiguos adquiridos por su familia. El gran artista murió en su ciudad natal en 1466, habiendo sido sepultado su cadáver en la iglesia de San Lorenzo, al lado del de Cosme de Médicis.

Entre las principales obras de Donatello merecen citarse especialmente varias estatuas de San Juan Bautista; la *Magdalena penitente* que se conserva en el baptisterio de Florencia; las tres célebres estatuas de la antigua Loggia llamada Os-San-Michele, de Florencia; el mausoleo del papa Juan XXIII que está en el citado baptisterio; el grupo en bronce de *Judith y Holofernes* y la estatua ecuestre del general Gattamelata en Padua.

LAS SUFRAGISTAS INGLESAS

El movimiento feminista en Inglaterra va tomando caracteres de una violencia alarmante. Las sufragistas, que tanto han dado que hablar, ya no se contentan con la propaganda pacífica en los mítines y en los periódicos; ni siquiera con las ruidosas manifestaciones callejeras que en tantas ocasiones han dado lugar a serios desórdenes, sino que apelan a procedimientos destructores que hasta ahora parecían reservados sólo a los anarquistas.

Hace cosa de tres semanas quemaron dos pabellones del Jardín de Aclimatación de Kew, en donde destruyeron gran número de preciosos ejemplares de orquídeas que valían muchos millares de pesetas; pocos días después, cortaron los hilos telegráficos entre Liverpool y Londres, y rompieron los cristales de algunos clubs aristocráticos y los del palacio del príncipe de Schleswig-Holstein; y últimamente han hecho estallar una bomba en una quinta de Mr. Lloyd George, situada en Walton-on-Hill, cerca de Epsom, y han incendiado el pabellón de te de los jardines de Kew.

Y mientras en Londres se cometían estos actos vandálicos, las sufragistas de Edimburgo destruían unas dos mil cartas y paquetes postales, y echaban substancias inflamadas en los buzones.

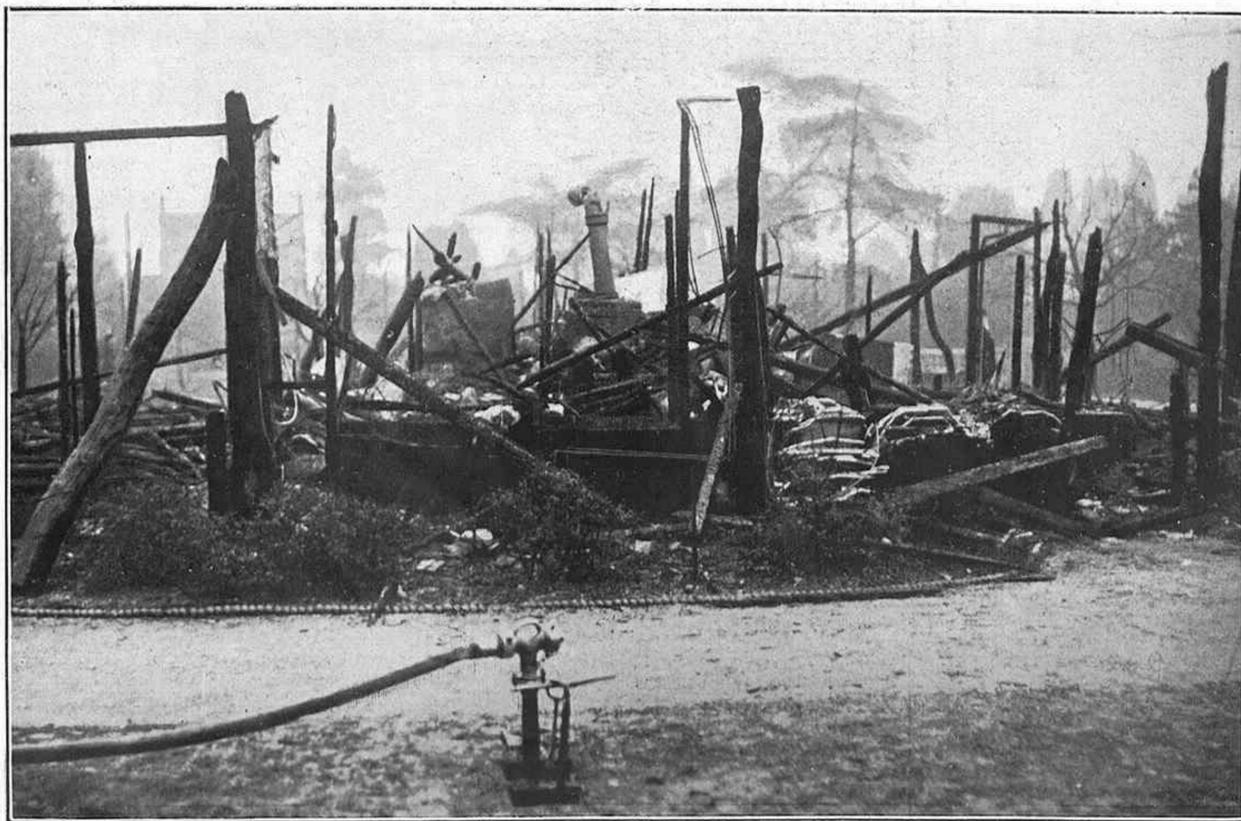
Las feministas militantes, como las señoras Drummond y Pankhurst, se muestran entusiasmadas de las hazañas llevadas a cabo por sus discípulas y lejos de rehuir las responsabilidades que tales hechos traen consigo las aceptan con todas sus consecuencias. El mismo día que estalló la bomba en la quinta de Mr. Lloyd George, la señora Pankhurst hacía en un mitin celebrado en Cardiff, las siguientes manifestaciones:

«La campaña que hacen las sufragistas en la Gran Bretaña es tan seria como la guerra civil de México, con la sola diferencia de que las mujeres son más moderadas que los hombres. Los hombres han hecho prisioneros a todos los ministros mexicanos, excepto el primer ministro que ha huído, y nosotros no hemos hecho todavía prisionero a ningún miembro del gobierno liberal; únicamente hemos puesto una bomba en la quinta de Mr. Lloyd George, para que éste se despierte.»

«Las autoridades no tienen necesidad de buscar a las mujeres autoras de este atentado, pues yo tomo sobre mí toda la responsabilidad del mismo. Si me encierran en la cárcel, me negaré a comer, y será preciso que me suelten o que me dejen morir de hambre; las autoridades decidirán, pero si yo muero, centenares de mujeres me reemplazarán.»

La prensa conservadora londinense ha hecho una enérgica campaña contra el ministro del Interior Mac Kenna por la impunidad en que deja a las sufragistas, censurando que no se haya hecho detención alguna con motivo de los últimos atentados, cuyos daños se estiman en más de 150.000 pesetas, y que continúe en libertad la señora Pankhurst a pesar de haberse declarado responsable de la explosión de la bomba en la quinta de Mr. Lloyd George y a pesar de los discursos revolucionarios que en estos últimos días ha pronunciado.

Al fin el gobierno se ha decidido a proceder con energía y



Londres. - El pabellón de te del jardín de Kew incendiado por las sufragistas inglesas

(De fotografía de Nouvelles-Photo.)

ha detenido a la señora Pankhurst, que habrá de comparecer ante el tribunal de Epsom.

TABARÉ, LA NUEVA ÓPERA DEL MAESTRO BRETÓN

En el Teatro Real de Madrid se ha estrenado con grandísimo éxito la nueva ópera del maestro Bretón titulada *Tabaré*.

El libreto de esta ópera está inspirado en el hermoso poema del celebrado poeta uruguayo Sr. Zorrilla San Martín y el arreglo que de él ha hecho el propio Sr. Bretón consta de tres actos.

En el primero aparece un rellano de vegetación en el que un grupo de indios recoge leña para la tumba del caudillo Cayú, cuyas hazañas cantan. Llega otro grupo conduciendo el cadáver del héroe y mientras en torno de éste se practican los ritos funerarios, aparece Yamandú excitándolos a que cesen en su duelo para pensar sólo en la venganza contra los blancos. Los indios le aclaman, pero el viejo guerrero Siripo echa de menos a Tabaré, a lo que Yamandú replica que Tabaré es hijo de una blanca. En esto aparece Tabaré, opuesto a la lucha y lamentándose de que el pueblo charría no tenga elementos para luchar contra el Destino, pues los blancos son más fuertes y po-



Escena final de la ópera «Tabaré», del maestro Bretón, estrenada con gran éxito en el Teatro Real de Madrid. (De fotografía de Vidal.)

seen medios para aniquilar a los indios. Éstos se dividen en dos bandos que aclaman respectivamente a Tabaré y a Yamandú, cuando de pronto llegan los españoles haciéndolos prisioneros.

En el segundo acto cuya acción se desarrolla en San Salvador, varios españoles hablan de los indios y de la protección que les dispensa el P. Esteban, y comentan la fuerza y destreza de Tabaré, a quien ven solo y pensativo, y al que protegen el citado padre y Blanca, hermana de D. Gonzalo, jefe de las tropas españolas. Blanca canta a la patria lejana y al recuerdo de su madre, y Tabaré se acerca y con el temor del enamorado le cuenta sus sueños de amor. D.^a Luz, cuñada de D.^a Blanca reprocha a ésta que se confie a un indio, pero el P. Esteban estima que es obra de bondad el protegerle y al llegar D. Gonzalo le cuenta la historia de Tabaré, hijo de una española que acompañaba a Solís y de la que se apoderó el cacique Carasé haciéndola su esposa. Viene la noche y Tabaré salta la empalizada; los soldados se sienten inclinados a matarle, pero uno de sus jefes les aconseja la calma, ya que tienen el indio en su poder.

En el primer cuadro del acto tercero, Tabaré anda errante lamentándose de su suerte. Aparecen los indios cantando la victoria que acaban de conseguir sobre los blancos, y Yamandú, que trae desmayada a Blanca. Tabaré mata a Yamandú y con Blanca se va al campamento español. En el cuadro segundo, don Gonzalo, el P. Esteban y soldados recorren una selva buscando a Blanca; de pronto se acerca Tabaré con Blanca, desmayada; D. Gonzalo se precipita sobre el indio y hunde en el pecho de éste su espada. Vuelve ella en sí y explica que Tabaré mató a Yamandú para salvar su vida y su honor; entonces todos se postran ante el cadáver, al que se abraza Blanca, exclamando con intensa pena «¡Tabaré!»

La partitura es bellísima y contiene números verdaderamente notables, entre ellos los bailables, la canción de Tabaré y el concertante del primer acto; la entrada de Tabaré y un aria de Blanca en el segundo; y sobre todo el gran dúo de Tabaré y Blanca, en el tercero.

El maestro Bretón, que dirigió la orquesta, fué objeto el día del estreno de las más entusiastas ovaciones.

En la ejecución de *Tabaré* se distinguieron muy principalmente el tenor Sr. Viñas y la tiple señora Crestani, que fueron calurosamente aplaudidos.

LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

Su indulgencia para con ella nacía del apasionado amor con que la idolatraba.

Sin aquella hija, sus gigantescas empresas para acumular riquezas no serían sino fútiles especulaciones.

Hubiese deseado verla desposada con Inouyiti; pero había desechado, por lo pronto, tales pensamientos desde el punto y hora en que el joven artista se había enamorado perdidamente de una actriz inglesa.

Día y noche le obsesionaba el temor de una batida policiaca.

No obstante, de entre todos los agentes oficiales y privados que en Londres trabajaban para descubrir su paradero, sólo uno había traspasado los umbrales de su domicilio.

Pero Tsarka no temía a Rénwick.

El joven inglés tenía mucho de soñador para hacerse temible como adversario formidable.

Sus simpatías le hacían continuamente traición. En manos de una mujer hermosa era, seguramente, tan maleable como el oro.

A pesar de esto, estimaba poco prudente que se aventurase Pepio a salir estando Rénwick al acecho de su nuevo escondrijo.

Por esto cualquier ruido nuevo de la calle le producía intolerable sobresalto.

Los periódicos de la mañana le habían dado algunos detalles de la proeza de Hornbu, la noche pasada.

Bajo las ruedas del blindado auto diez y ocho personas, entre hombres y mujeres, habían quedado heridas y lesionadas de más a menos gravedad.

En todas partes aparecían las descripciones fisonómicas de Horubu e Inouyiti. El *Times* narraba detalladamente cuanto Rénwick había referido sobre el dedo de caucho, y cómo lo habían recuperado los dos arriesgados nipones, a las mismas puertas de la Oficina Internacional.

El auto había sido encontrado desocupado cerca del malecón; pero aun no había en el *Scotland Yard* el menor vestigio del paradero de los ladrones.

- ¡Diez y ocho vidas por seis granos de radio, a tres vidas por grano! ¿eh, Kezzio?

El diminuto especialista sacó la rata de la manga tirándole de las orejas y se la colocó en la palma de la mano.

- ¿Qué te parece de la sangrienta cola del radio, mi pequeña obrera mágica? ¡Los hombres han dado sus vidas por el oro; pero ahora se matarán y envenenarán mutuamente por el radio!

Levantándose de su asiento, salió al pasillo y descendió al piso bajo de la casa, donde se hallaba el laboratorio en el que trabajaba durante las primeras horas del día.

Kezzio, la ratita blanca, encontró un lecho confortable cerca de un hornillo caliente, bajo la enrejada ventana.

A Tsarka divirtióle espantosamente la manera como Horubu había escapado de la furiosa muchedumbre.

La recuperación del radio permitía reponer el caso depósito de Beatriz Messonier, posibilitándole el completar sus operaciones.

Un reloj lejano dió la hora de mediodía.

Él se detuvo en su experimento, con un alambre de magnesio sumergido en la claridad de un rayo catódico, y escuchó atentamente.

La puerta de la calle se había abierto y cerrado con inusitada celeridad. En el pasillo exterior se oyeron pesados pasos.

Un minuto después abrióse de golpe la puerta del

laboratorio y entró Horubu, con el cuello de su levitón alzado hasta las cejas.

- Lluve, Teroni, dijo haciendo un cómico saludo



Tsarka alzó la vista y vió que Horubu había quedado envuelto en la obscuridad creciente

al doctor, que estaba junto a sus rayos catódicos. Un paraguas es lo mejor que ha inventado la casualidad para cubrirse uno el rostro, ¿eh?

- El tuyo no le olvidará fácilmente la policía, Horubu. ¿Dónde está Inouyiti?

- Se habrá ido a alguna caverna para llorar sus cuitas. Está lelo con esa actriz inglesa. Tiró peor que los rusos en Dalmy.

El exsoldado echó su abrigo mojado sobre una silla cerca del hornillo, y estuvo de pie unos momentos contemplando la figurilla de trasgo que hacía el Dr. Tsarka engolfado profundamente en su experimento químico.

- No me felicites por mi escapada en auto blindado, Teroni. ¡Ya habrás leído los periódicos!

Hablaba con cierto brillo cínico en la mirada.

El Dr. Tsarka miró a la toril figura de Horubu, a través de una nubecilla de luz molecular, con los labios fuertemente contraídos.

- Obraste con tu acostumbrado valor, querido amigo. Haber dejado que el populacho te detuviera

habría sido nuestra ruina. Los pusiste en el lugar que mejor les corresponde, Horubu.

El exsoldado arrellanóse en una silla limpiándose cuidadosamente las gotas de lluvia de sus orejas.

- Algunos autos tienen el don de matar por su cuenta y riesgo. El armón que les eché encima rugía como el tigre que apresa a un hombre en su huída por la selva. ¡Cuando un auto ha probado la sangre, Teroni!

- ¿Tú crees eso?

El diminuto especialista dejó el alambre de magnesio y volvió a su crisol.

Horubu mordió hambrientamente los bordes de un cigarro; la profunda cicatriz de su cara aparecía livida a la luz del mediodía.

- ¡Te digo que no hubiese podido impedir a aquel antiguo auto de la Manchuria hacer polvo a los que me asaltaban. Saltó sobre ellos y zis zas, zis zas, los hendió como por ensalmo. Aquello me hizo pensar, Teroni...

- ¿En qué?

- En que un cuerpo reducido de japoneses podría devastar a Londres, esta ciudad de tesoros inmensos.

El exsoldado lanzó una espesa bocanada de humo, retorciéndose con sus nicotinados pulgar e índice el fino mostacho.

- Veinte mil de nosotros, añadió, podrían asaltar los Bancos, desbalijarlos y saquear toda la ciudad.

- ¿Y cómo los meterías en Londres?, preguntó Tsarka sonriendo.

- Haciendo otra exposición el año que viene o el otro. Nuestros hombres podrían venir por todos los puertos pequeños. Los empleados de las aduanas siempre que vieses desembarcar a un grupo de japoneses pensarían que venían a la exposición. ¡*Tashán!* Una vez en Londres podríamos interceptar el telégrafo y los ferrocarriles hasta que hubiésemos saqueado los Bancos.

Horubu fumaba de cara al hornillo del laboratorio.

En los labios de Tsarka volvió a marcarse una dura contracción, pero calmamente preguntó:

- ¿Y cómo te las compondrías para sacar los veinte mil soldados japoneses de la ciudad, suponiendo por un momento que no te venciesen en seguida?

Horubu se encogió de hombros.

- No me importaría lo que les pudiese acontecer, con tal que una docena de nosotros nos llevásemos buenos montones del oro de John Bull. No hemos de ser tan patrióticos, mi querido doctor.

El diminuto especialista, hizo una mueca de fastidio resignado; como quien mucho tiempo hacía había conocido perfectamente al hombre a quien había escogido para compañero en sus proyectos y actos de pillaje.

- Nos estamos olvidando de nuestra situación, Horubu, observó Tsarka con acrimonia. Aun no me has explicado el resultado de tu aventura.

El exsoldado se agitó en su silla con cautela gatuna.

- Tu pensamiento, Teroni, está en los seis granos de radio que he recobrado de Rénwick, a las mismas puertas del *Scotland Yard*, ¿verdad?

- ¿Dónde están?

El Dr. Tsarka se inclinó para percibir mejor la respuesta, denotando en sus ojos una ansiedad febril mal disimulada.

El exsoldado se golpeó el bolsillo de una manera inesperada e insolente.

- Valen seis mil libras, Teroni, mi querido Teroni. El Banco de Radio Berlínés me pagaría al punto

su total valor, si se los presentase. ¡Seis mil libras, Teroni! ¡Piénsalo bien!

— No tengo intención de venderlos, Horubu. A la hora de ahora sería muy dificultoso proveerse de radio; y, además, no necesitamos fondos de momento. Dame el radio; no es cosa muy a propósito para que lo lleves en el bolsillo.

El exsoldado dió otro chupetazo a su cigarro como si no hubiese visto la mano que le extendía el Dr. Tsarka.

Su anchuroso pecho alzóse fuerte y lentamente, como el del que se violenta para contener una declaración repentina.

— ¡Dámelo, Horubu!, insistió el doctor. No entiendes bien las perniciosas cualidades de esa substancia. ¡Trae!

— ¡Sé que puede cegar a un hombre!, repuso el veterano, o comerle la carne del cuerpo como si fuera asquerosa lepra. Sé también, continuó en tono más malhumorado, que me comprará una casa cómoda en Osaka y una docena de criados que me sirvan el resto de mis días. Peleé contra los rusos en sus condenadas trincheras y soporté el hielo de la Manchuria por unos cuantos céntimos al día. De modo que..., Teroni, no has de tener prisa por recobrar los seis granos de tu veneno...

El Dr. Tsarka se apartó de su camarada que hablaba calmadamente, y cuya fuerza de propósito era igual a la suya propia.

— No entiendes, dijo protestando, lo urgentemente que se necesita este radio en el Instituto. De un momento a otro puede venir un recado de la señora Messonier pidiendo más radio. Estamos en el umbral de una gran fortuna, mi buen amigo; ¡veinte mil libras en un mes, si obramos con rapidez y pericia!

— Tus planes son una insensatez de marca mayor. ¿Esperas, acaso, que la duquesa de Márister pague a la Messonier cinco mil guineas de honorarios? ¿Crees por ventura que ese príncipe alemán aflojará la mosca? La policía se meterá en el Instituto y embargará los muebles, los instrumentos y todo lo que nos ha costado muy buenos cuartos.

El Dr. Tsarka le miró con ojos chispeantes.

— Después de todo, Horubu, veo que eres hombre de poco ánimo. Tienes metido en los tuétanos el pueril temor de la policía. Imaginas que en el *Scotland Yard* y en la Oficina Internacional andan númenes sobrenaturales, cuando sus agentes son un atajo de zopencos que no tienen ni chispa de calete. No tenemos amigos ingleses criminales que nos puedan comprometer. Todo nos lo hacemos nosotros. El único anillo débil de nuestra cadena es Inouyiti.

— No, corrigió con murria Horubu: la Messonier. En cuanto sospeche que tú la provees de clientes se echará contra nosotros como un tigre. Ella...

Junto al Dr. Tsarka vibró el timbre telefónico del laboratorio.

Tsarka volvióse en seco como si el sonido del timbre le hubiese cortado un nervio.

Horubu frunció el entrecejo.

— Ese teléfono es tu chifladura, Teroni. Nos podíamos pasar sin él. Estoy seguro de que la policía puede vigilar todas las conversaciones desde la Central.

Tsarka hizo un gesto de impaciencia al tomar en sus manos el receptor.

Según iba recibiendo el mensaje aparecía en sus contraídos labios una sonrisa salvaje.

Horubu, con audacia sin ejemplo, acercóse al aparato para percibir también la comunicación.

— Pepio..., exclamó Horubu.

El Dr. Tsarka se volvió con voz algo alterada, resentido de la curiosidad del exsoldado:

— ¡No te importan los asuntos de mi hija!

Pero Horubu no cambió de postura, e inclinado ante el aparato bebía con ansia las palabras que el alambre transmitía.

— He sido detenida fuera del Instituto por Gifford Rénwick. Me encarga diga a usted que, a menos que Miss Cranstone sea curada por Beatriz Messonier sin pago alguno, me prenderá como cómplice del atropello del Estudio.

Estas palabras de Pepio, pronunciadas en japonés, hicieron en el doctor, el efecto de otras tantas puñaladas.

Horubu se rió bruscamente.

— Ese estúpido inglés tiene en su mano tu corazón, como Nogi tuvo el de Stöessel en Puerto Arturo. Tiene sus dientes en tus lomos, y pronto gritará bajo el dolor del mordisco, añadió brutalmente.

El diminuto especialista permaneció inclinado hacia adelante, con el receptor al oído.

— ¿Hablas desde alguna delegación de policía, Pepio?, preguntó sin temor.

— Desde la sucursal de Teléfonos, esquina de la calle de Húntingdon. Mr. Rénwick espera entretanto afuera.

El Dr. Tsarka respondió con el mismo tono de serenidad.

— Mi vida está en tus manos, Pepio. Si das nuestra dirección a Mr. Rénwick nos habremos de rendir a la policía.

— No me la ha preguntado. Mr. Rénwick es todo un caballero. No usa amenazas. Únicamente desea que salve usted a Violeta Cranstone.

Horubu se apartó del aparato como se separa un tigre del sitio de su festín.

El Dr. Tsarka le observó con curiosidad.

— ¿Qué piensas de esto?, preguntó.

En la mirada de Horubu brillaba el fuego del combate.

Sus musculosas y nervudas manos hicieron rápidos gestos de ira y de sorpresa.

— Tu preciosa hija nos ha metido en el lazo de la policía. Nos piden la capitulación.

— Sólo unos insignificantes honorarios, interpuso Tsarka.

— ¿Insignificantes? ¡Dos mil guineas! Las Cranstone las pagarán viéndose apuradas. Rénwick ha oído tu secreto. ¡Dale ahora batalla o estamos perdidos sin remisión!

— Los honorarios de la duquesa de Márister y del príncipe Hohenhoff se nos entregarán dentro de un día, o dos, a lo sumo. Pagarán diez mil guineas o quizás más. Rénwick evidentemente se ha movido a compasión en favor de esa comediante. Démosle gusto y aplaquémosle ahora. Mañana obligaré a la duquesa de Márister a que nos pague con un cheque. ¡Confía en mí, Horubu!

Detúvose, sin aliento casi, a consultar un libro de salidas de vapores, que tenía en un estante cercano, hojeando rápidamente las páginas y mirando las fechas de salida.

— Mañana es viernes, Horubu, prosiguió con premura. Dentro de seis días estaremos en salvo en Nueva York. Déjame prometer a Rénwick que el Instituto asistirá gratuitamente a la señorita Cranstone.

— ¡Yo no prometo nada! ¿Crees tú que Rénwick nos dejará tranquilos viendo que tan a seguro puede herirnos? Pepio nada sabe de nuestros intereses financieros en el Instituto Messonier. La misma Messonier no podrá achacarnos la tropelía de Inouyiti. No le conoce. Deniévalo en absoluto. Que la comediante pague como los demás..., ya encontrará el dinero. Que luche más Rénwick; no te entregues tan neciamente. ¡Prueba la fe de la Messonier, y, sobre todo, mi querido doctor, no capítules!

Estas palabras habían salido como horribles truenos de la boca del veterano.

Sus negras facciones parecieron congestionarse bajo la fuerza de sus emociones.

Tsarka se estremeció un instante con el receptor en la mano y luego preguntó:

— ¿Entonces, Pepio ha de ir presa? ¿Es esto lo que deseas, Horubu?

— ¡Yo no lo deseo!, replicó el exsoldado. Pero si las mujeres avanzan hasta la línea de combate, deben sufrir cuando caen bajo el plomo enemigo.

XV

Sin mirar al veterano, el doctor habló por el embudo del teléfono.

— Di a Rénwick que haré uso de mi influencia para que Miss Cranstone sea asistida inmediata y gratuitamente. ¿Oyes, Pepio?

— Sí, padre mío. Esperamos que llegue Miss Cranstone. Se han retrasado algo, pero si envías un aviso telegráfico a la señora Messonier aun llegará a tiempo.

Tsarka colgó el receptor, garabateó una nota en una hoja de papel y se acercó a la puerta del laboratorio.

Satuma apareció a la primera voz y partió instantáneamente para la oficina de Telégrafos más próxima.

El doctor cerró la puerta del laboratorio y volvió a su puesto junto al hornillo.

Horubu puso un ceño terrible al pasar Tsarka a su lado.

Pero el doctor no reparó en las fieras miradas del exsoldado. Pensaba solamente en su ojinegra hija, cuya libertad peligraba, poniendo en riesgo la suya.

No le gustaba contradecir a Horubu, pero sentía que aplacando momentáneamente a Gifford seguía el camino mejor.

Por otra parte estaba seguro de que el joven detective no prendería a su hermosa hija Pepio.

Miró atentamente a la fornida figura de Horubu,

sus manos cerdosas, su cuello de toro; y renovó de nuevo la cuestión tan vital para sus intereses.

— Camarada; te olvidas del radio, y es preciso que me lo entregues. La vida es corta y estamos gastando en disputar un tiempo precioso. ¿Me entregas el radio?

— No, mi querido doctor; lo conservo para mí, como mi parte del botín. Con su producto me compraré una villa deliciosa en Osaka. No me fastidies más con tus proyectos. Me salgo del negocio.

— Dame a lo menos tres granos, Horubu; la mitad del radio. Me pertenece de derecho, pues fui yo quien lo pude sacar por la cañería del laboratorio Mórítz. Dame tres granos y vete adonde quieras a vegetar.

Tsarka hizo estas peticiones sin ningún gesto, porque sabía que en el antiguo veterano no hacían mella ni amenazas ni promesas.

Privado de su radio acabaría pobre y desastrosamente su vida.

Esta consideración hizo que el doctor sintiese un odio mortal hacia su hercúleo *confrère*, pero el temor de su fuerza tigrina le hizo dominar la ira.

— Siento, mi buen Horubu, que no convengamos ni nos podamos avenir en nuestras pequeñeces. Tus servicios pasados han sido invaluable. No te censuro por el deseo que tienes de resarcirte por ti mismo.

El diminuto doctor dió un profundo suspiro al acercarse nuevamente a su crisol.

Horubu yacía sentado en su silla, casi inmóvil, pues sólo de cuando en vez movía el dedo meñique para desprender la ceniza de su cigarro.

Las sombras de la tarde se alargaban sensiblemente a través del patio de altos muros.

En la habitación superior cuyo piso daba al techo del laboratorio, oíase la voz suave de un criado que cantando barría el alfombrado pavimento.

Tsarka, de pie y junto al hornillo observaba la encendida masa de substancias minerales anaranjadas dentro del resplandeciente crisol, y la agitaba suavemente de vez en cuando con un largo cucharón de hierro con mango de cristal.

Anteriormente Horubu había sentido mucha curiosidad en los experimentos químicos del doctor, y cuando éste refinaba y ensayaba sus extrañas mezclas metálicas y fluidos no se apartaba de su lado; pero con el tiempo habíase agotado su curiosidad, y lo contemplaba experimentar con toda indiferencia.

Tsarka alzó la vista y vió que Horubu había quedado envuelto en la obscuridad creciente.

En el laboratorio había solamente una ventana, y por ella penetraban los agudos chirridos de los gorrones domésticos que cantando en el jardín marcaban más la intensidad del silencio de la tarde.

— Puesto que no me quieres entregar el radio, Horubu, presumo que no te estarás más tiempo en Inglaterra, ¿no es así?

Y diciendo esto, Tsarka arrojó un puñado de un polvo blanquecino en el crisol y miró al interior cómo observando el efecto que producía en la masa derretida.

— Es una lástima, prosiguió levantando la vista, que no te decidas acerca del radio...

Horubu se agitó como una fiera, sacando de la obscuridad sus elefantinos hombros.

— Ya me estás repitiendo demasiado tu petición con la voz de una mujerzuela, Teroni. Es inútil. No me convencerás. Mi propósito es inquebrantable y...

Detúvose y písosose rápidamente en pie, como hipnotizado por el fulgor súbito que advirtió en la mirada del especialista.

— ¿Qué..., qué haces con ese cucharón, Teroni?

Tsarka se había inclinado sobre el crisol y sacado un cucharón lleno de aquella masa fundida color de naranja.

Del cucharón desprendiéronse varias gotas que cayeron nuevamente en el crisol como centellas.

— ¿Qué haces con ese metal fundido?

Horubu se había puesto en pie con la celeridad de un lobo hostigado, y sus oblicuos ojos se dilataron con terror.

Tsarka se volvió solemnemente como un sacerdote en el altar y el humo de su repleto cucharón levantó una nube de ráfagas sulfurosas en todo el laboratorio.

Horubu retrocedió medio paso y su enorme revólver de reglamento pareció de blanco acero al resplandor de la rojiza llama.

— ¡Tashán! Perro...

La bala fué a dar contra el barrote superior de la verja de la ventana, por cima del cucharón humeante aún.

Después una hoja prismática de fuego fulguró por el aire al volcar el doctor el levantado cucharón hacia adelante despidiendo con fuerza su contenido.

La rusiente masa dió de lleno a Horubu en la frente.

Profirió Asoya un rugido de pena y dolor, y luego un gruñido continuado al pretender quitarse las ardientes gotas del pelo y de los ojos.

Tsarka permanecía en pie junto al hornillo, con su atezado rostro iluminado por las llamas.

—No eres buen tirador, Horubu, dijo con repentina y fiera ironía en la mirada. Tampoco, añadió, pareces tener el ánimo de los antiguos caballeros del Japón.

Un olorillo de ropa chamuscada llenaba el laboratorio.

Alrededor del sitio en que yacía el exsoldado, todo el pavimento estaba cubierto con ígneos charquitos de metal que se tornaban en gotas de vario color al enfriarse.

El ruido de unos pasos de persona que andaba con sandalias sacó a Tsarka de la contemplación del pavimento del laboratorio.

Satuma que había vuelto después de poner el telegrama para la señora Messonier, asomó su rostro por la puerta, lleno de curiosidad y admiración.

—Ha venido Soto Inouyiti, dijo en voz alta. Está borracho, señor, y muy airado. Cómo le voy a decir que...

Se interrumpió abriendo unos ojos descomunales al ver a Horubu que se revolcaba gruñendo entre los charcos del rusiente metal.

Tsarka inclinado sobre el cucharón de hierro volvió hacia Satuma su rostro ya sereno.

—A Horubu le ha sucedido una desgracia Satuma, Di a Inouyiti que en seguida iré a verle. Métele en cama. No es muy fuerte.

Satuma quedóse boquiabierto; aun su frialdad japonesa no pudo menos que deshelarse a la vista del doliente veterano.

Una palabra de Tsarka le hizo salir rápidamente escaleras arriba para atender al alborotado artista, cuya inesperada vuelta amenazaba llevar hacia la casa la policía.

Horubu irguióse algo por sí mismo hasta quedar apoyado con los codos en el suelo y con las manos apretadas sobre el rostro.

—¡Dame algo para calmar este dolor! No me esperaba de ti esto, Teroni... ¡Socórreme! Este es un dolor insoportable. ¡Hasta hace llorar a un soldado!

Tsarka miró aquel rostro destrozado, donde los chorros de metal derretido habían dejado surcos cárdenos.

Un sentimiento de piedad se apoderó de su corazón, pues el odio con que había realizado aquel acto no tenía profundas raíces en su pecho.

Horubu había sido un buen trabajador.

Sólo, sin duda, la ambición le había movido a su ruina, un deseo necio de aniquilar el trabajo de años enteros...

—Siento lo que te sucede, díjole con verdadera afección japonesa. Ambos tenemos en nuestro temperamento algo de la maldad humana.

Horubu intentó sentarse en el suelo, teniendo su revólver empuñado aún en la diestra.

—Sácame de aquí, dijo. Llévame a un hospital: mi rostro está abrasado. ¡Socórreme, Teroni!

—Baja el revólver y déjalo, Horubu... Te pondré una embroca en el rostro. El revólver...

Un estampido pavoroso apagó sus palabras.

Tsarka retrocedió al silbarle cerca la bala.

Horubu apoyado en el codo, escuchaba con el aire del cazador incierto de su puntería.

El Dr. Tsarka permaneció inmóvil como quien cuenta los latidos de su corazón.

Esperaba que el revólver se levantase nuevamente en dirección suya, pues le parecía que Horubu le estaba apuntando.

El exsoldado se arrastró cosa de medio paso.

—¡Teroni, ese disparo se me ha escapado, lo juro por los Dioses! ¿Dónde estás? Toma este revólver maldito; me tiemblan las manos de dolor, y no puedo dominarme...

—¡Si meneas una mano, Horubu, te derramo estos minerales rusientes sobre tu estúpida cabeza!

Bajó el repleto cucharón hasta que aquella masa hirviente, como de lava, hirió el torturado rostro del veterano.

—¿El infierno de los chinos no huele mejor, eh, Horubu?, le preguntó ásperamente.

Un rugido de león fué la única respuesta y el revólver cayó en el pavimento.

El Dr. Tsarka lo apartó despreciativamente con el pie, echándolo a un rincón distante.

—Dame el radio, dijó casi severamente. ¿En qué bolsillo?. Tu ropa se está quemando... ¡Pronto! ¡No sabes lo que puede ocurrir!

Conocía bien Tsarka la fuerza del veterano para que se atreviera a ponerse al alcance de sus manos.

A pesar de ver aquellos puños quemados por el mineral derretido, Tsarka sentía un temor inmenso del coraje y valor leoninos de Horubu.

Calmosamente, dolorosamente metió el veterano la mano en su bolsillo y sacó una cajita de chocolate medio ennegrecida por el fuego.

Tsarka percibió al instante un olorillo de caucho quemado.

Arrebatando la cajita de la extendida mano, sus dedos tocaron una substancia blanda y pastosa en su fondo.

—Aquí no está el radio, exclamó. El fuego ha deshecho el dedo de caucho. ¡Pero aquí no hay radio alguno!

—¡Entonces lo tiene el demonio!, gruñó Horubu. ¡Mal rayo me parta! Ahí mismo estaba cuando yo entre aquí.

El diminuto especialista llevó la pulpa del caucho caliente a la luz de la ventana, y la examinó con una lente poderosa.

Si el radio había quedado cubierto por el deshecho caucho, su presencia quedaría demostrada mediante la aplicación de un reactivo especial, una solución química de él solo conocida.

Tomó, pues, de un anaquel una botella y la vació en un plato, añadiendo unos gramos de cianido de potasio, que tomó de un frasquito.

Puso luego la pulpa en la solución, y la lavó y estiró con la destreza de un analista consumado.

Los elementos del radio eran para Tsarka, como para la mayor parte de los científicos, un misterio; pero sabía que al disolverse la pasta quedaría en el precipitado alguna señal de la preciosa substancia.

No pareció ninguna.

Irguió sus hombros con un esfuerzo y mirando a la quejumbrosa figura que yacía en el pavimento, dijo:

—¡Has mentido, Horubu! Tu lengua es la pura falsedad. Una bestia ha robado tu honor. ¡Loco!

El veterano se arrastró unos cuantos pasos hasta quedar con su mutilado rostro en la claridad de la ventana.

Cesó en sus quejas al volverse hacia el doctor.

—Me ha engañado un judío, Teroni: No me abrases con ese fuego hasta haberme oído.

Detúvose y púsose la mano en la frente, tapando la quemadura que parecía la marca infamante de una casta vilipendiada de la India.

—Te he jugado la trampa, Teroni, y he tenido que beber las malditas drogas de tu crisol. ¡Ni aun la carne de un samurái está exenta de tus venenos químicos!

—Aligera con tus mentiras, bellaco. No he de oír tus falsedades. ¿Dónde está el radio?

—Lo tiene un judío, Teroni. Hoy había yo de cobrar cuatro mil libras por él. En mi bolsillo está su letra aceptada. Se llama Pablo Isaacson y tiene la oficina en Hatton Garden. Yo estaba aburrido de tus necios proyectos, Teroni; se me presentó la ocasión de separarme de ti..., y..., vendí el radio a Pablo Isaacson.

Horubu yacía tendido en el pavimento denotando en las agitaciones de su torso el exquisito tormento que padecía.

Detras de él y en el mismo suelo brillaba ya enfriado el lago de metal, antes derretido, que le había cegado y destrozado.

Ahora ya, que había perdido toda esperanza de vivir, apareció en él todo su indomable valor leonino.

—Yo soñaba, continuó, con una casita en mi país nativo..., y ese sueño y ese deseo me dieron coraje para embestir con el auto blindado a la fiera muchedumbre londinense. Quería irme a mi hogar querido de Osaka..., a ver a mis tres hijos. He sido un necio viniendo hoy aquí, a este paraje de fuego mortífero...

Extendió una mano con un pedazo de papel en ella:

—Toma esto, Teroni, dijo. Es la promesa de pago de Pablo Isaacson; reconoce deberme cuatro mil libras que pagará a la presentación de este documento. Dame ahora algo que beber; un calmante.

Tsarka tomó el papel y lo examinó cautamente. Vió en seguida que el judío de Hatton Garden había convenido en el trato para ganarse dos mil libras.

Su mirada suspicaz iba de la letra aceptada de Pablo Isaacson a Horubu que yacía ante sus pies.

—¿Por qué has venido hoy?, preguntó. Si intentabas vender el radio no tenías necesidad de ponerte de nuevo en mi presencia.

—Tengo en un baúl arriba, repuso el veterano, un poco de dinero, unos veinte duros. Y hay, además, otras cosillas que no quería dejar, como el retrato de mi esposa, pintado, de una fotografía, por Inouyiti,

Eso es todo. Yo estaba muy seguro de mi fuerza si se llegaba a la violencia, Teroni. Vine para fanfarronear de mis hechos y ahora mi cabeza es un hueso calcinado, y pronto seré presa de la muerte.

Estaba el infeliz boca arriba, y la sombra de la pared, al esfumarse la luz que penetraba por la ventana, ocultó su tormento a los ojos del doctor.

Arriba, en una de las habitaciones desocupadas, se oía la voz de Inouyiti que cantaba una canción obscena, de vino y de arte, cuajada de picantes alusiones para determinadas mujeres francesas y españolas.

De vez en cuando interrumpía sus rapsodias musicales para golpear con sus puños una mesa vacía, porque Satuma no había vuelto con el champaña que le había prometido.

Después el joven artista prorrumpió en altisonantes lamentaciones, en las que se oía el nombre de la comediante Violeta Cranstone.

El Dr. Tsarka le escuchaba percibiendo en su mente y en su cuerpo como un agudo sentimiento de la tragedia que le envolvía.

A pesar de ser materialista acérrimo no podía resistir la ola de supersticiones que amenazaban sujetar su independiente ánimo.

Butoni, el célebre *savant* italiano, había declarado que el radio estaba impregnado del poder de Dios.

Tsarka se inclinaba a creer que el radio contenía también los poderes atribuidos al demonio.

Los seis granos de radio puro que él había robado del laboratorio del profesor Mórítz, unos meses antes solamente, habían causado una pequeña tormenta de terror que se cernía sobre Londres.

Por el radio, Gifford Rénwick, esperto detective y criminólogo notable, había sido cegado y mantenido inactivo durante unas semanas.

Cuatro riquísimos magnates y bondadosísimos mecenas habían sido engañados en un Estudio y torturados desapiadadamente.

Su hija Pepio había caído entre las garras de los dioscellos del radio, y la desgracia que la había llevado al laboratorio para buscar cosas con que jugar, la había hecho caer en las manos de Rénwick.

La torpeza de Inouyiti había puesto, asimismo, el sello del terror en la recobrada *cache* del radio.

Diez y ocho hombres y mujeres habían sido triturados y amasados con sangre bajo las pesadas ruedas del blindado auto de la Manchuria...

¡Y ahora, cuando parecía haberse desvanecido la última serie de dificultades, Horubu le había traicionado, poniendo en el secreto de sus esquemas a un hebreo tratante en radio, llamado Pablo Isaacson!

Separándose de su puesto junto al hornillo Tsarka se acercó a un anaquel y tomó un frasco de embrocas, deteniéndose cerca de la supina figura del exsoldado.

Con ternura insólita curó el rostro y la frente abrasados con el metal fundido y los vendó con pericia consumada.

Horubu parecía hallarse sumido en una especie de letargo, quejándose febrilmente de cuando en cuando al notar que los diestros dedos oprimían el vendaje sobre sus sienes palpitantes.

Tsarka llamó con el timbre eléctrico a Satuma y entre los dos colocaron al exsoldado sobre su propio abrigo de auto en un rincón del laboratorio.

El doctor volvió a su despacho contrariado y algo indispuerto después de tan terrible conflicto.

Era la primera vez en su vida que sentía desaliento y ansias de caer, junto a su mutilado camarada, en un sueño que durase para siempre.

Lo único que le daba algún brío, lo que animaba débilmente su abatido corazón, era la sombra de su ambición antigua.

Le restaba, es cierto, Pepio, y había además, el embriagado Inouyiti cuyos pensamientos todos estaban centrados en el sufrimiento de otra mujer.

No sabía dónde, pero él lo había oído decir: el que vive por la espada ha de parecer por la espada, o quien a hierro mata a hierro muere.

¿Es que, por ventura, este antiguo proverbio se aplicaría a los experimentos de la química moderna?

Un conocido golpear en la puerta de su estudio le sacó de su profundo letargo.

El rostro de Satuma apareció en la puerta.

—Señor, ha venido una señora. Espera en el salón.

En los ojos del Dr. Tsarka se reflejó un asombro inmenso.

—¿Quién es?, preguntó. ¿Por quién pregunta, por mí o por Horubu?

—Se llama Messonier, balbuceó el criado. Yo no la conozco, señor.

Tsarka cruzó a través del estudio, con la mano izquierda puesta sobre su agitado corazón.

(Se continúa.)

LA OCUPACIÓN DE TETUÁN POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS. (Fotografías de Antonio Rectoret.)



Entrada del general Alfau (x) en Tetuán seguido de su Estado Mayor y de los moros notables de la ciudad

Real, entre los estrepitosos vivas de los europeos y las salvas de los cañones que saludaban desde la Alcazaba. La población en masa aclamó al general Alfau, quien se dirigió al consulado español y después de almorzar allí con nuestro cónsul, fué a visitar al bajá, celebrando con él una entrevista cordialísima. Más tarde visitó a los cónsules y a los moros notables de la ciudad.

Al día siguiente, el general recibió las visitas de la colonia española, de los cónsules, de los hebreos, del bajá y de los moros notables, y una compañía de ingenieros, al mando del capitán Sr. Fernández López, ocupó la Alcazaba.

En las estribaciones del monte Dersa se ha situado una batería y el grueso de la columna ha quedado acampada en las cercanías de la ciudad.

El general Alfau, de acuerdo con el bajá, ha dirigido a los tetuanés una alocución escrita en árabe en la que declara que España no ha ido a Tetuán en son de conquista, sino con el fin de ayudar a la prosperidad y bienestar de la misma población y de sus habitantes, al amparo de las leyes, y respetando las mujeres, la religión, las costumbres y las haciendas de los indígenas.

Este bando ha causado excelente efecto en el elemento moro.

La ocupación de Tetuán ha sido acogida con satisfacción grandísima en toda España, tanto más cuánto que se ha realizado sin que costase una sola gota de sangre; y la opinión pública unánime, sin distinción de partidos, dedica los más entusiastas elogios al ilustre y benemérito general Alfau, quien ha añadido a su brillantísima historia militar este hecho glorioso



Antiguo cañón emplazado en el interior del fuerte del Río Martín

En el número último dimos la noticia de la entrada de nuestras tropas en Tetuán. Hoy, con motivo de la interesante información gráfica que en esta página reproducimos, ampliaremos lo que entonces dijimos, dando algunos pormenores sobre este acontecimiento, uno de los más trascendentales que la moderna historia de nuestra patria registra.

Hábilmente preparada la ocupación de aquella ciudad, el día 19, a las cinco de la mañana, tocóse diana en el campamento del Rincón del Medik y una columna de 2.000 hombres, al mando del general Alfau, púsose en marcha hacia Tetuán.

Entretanto, el cónsul de España en aquella plaza Sr. López Ferrer, conocedor del plan del general Alfau, había conferenciado con los cónsules de otros países y con varios notables de la población, en la que, desde las primeras horas de la mañana, reinaba una animación extraordinaria.

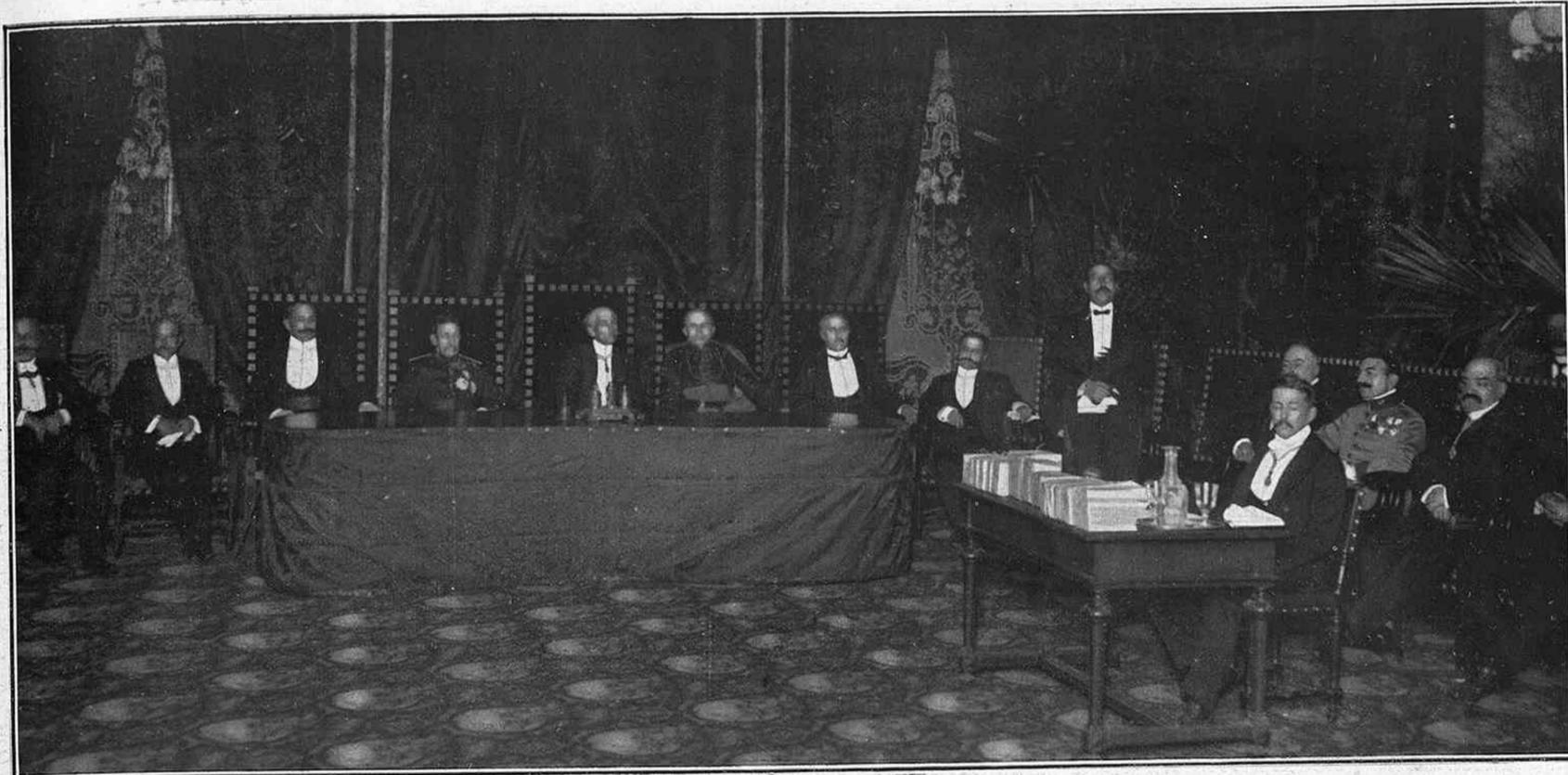
Al divisarse las tropas españolas, se produjo una explosión de entusiasmo, y el Sr. López Ferrer, acompañado de los cónsules de Francia y de Bélgica y seguido de los notables que formaban una cabalgata pintoresca, salió al encuentro del general Alfau, que, con el grueso de su columna, estaba acampado en Los Llanos. La colonia española, los demás europeos y los hebreos esperaban en el camino, mientras los indígenas se lanzaban a las afueras para presenciar la entrada de los soldados españoles.

Al mediodía, el general Alfau, con el bajá y el cónsul de España, seguido de los otros cónsules y de la cabalgata de los notables, entró solemnemente en Tetuán, a los acordes de la Marcha



Aspecto de la plaza de España en el momento de entrar el general Alfau y su acompañamiento en el Consulado español

que tanta importancia reviste y tanta trascendencia tiene para los ulteriores destinos de la nación española. - T.



Barcelona. - Sesión celebrada en el Salón de San Jorge con motivo de la inauguración de la Caja de Retiros creada por la sociedad «Tranvías de Barcelona» para sus obreros y empleados. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

En el Salón de San Jorge de la Diputación Provincial efectuóse el día 23 del mes pasado la inauguración de la Caja de Retiros creada por la sociedad «Los Tranvías de Barcelona».

Fue un acto solemnísimos que presidió, en representación del Instituto Nacional de Previsión, del que es presidente S. M. el Rey, el Excmo. Sr. D. Eduardo Dato, expresidente del Congreso y exministro, y al cual concurrieron las autoridades y representantes de las corporaciones y entidades económicas y culturales de esta capital y gran número de obreros tranviarios.

Después de leído por el Sr. Moragas el acuerdo del Consejo directivo de la Caja de Pensiones para la Vejez aprobando el contrato con la Compañía de tranvías, pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Ferrer y Vidal, presidente de la mencionada Caja; Burcet, consejero de la com-

pañía; Foronda, director de los tranvías de Barcelona; Riera, presidente de la Junta obrera de la Caja de Pensiones para la Vejez, y Dato. Este último felicitóse de haber venido nuevamente a Barcelona y de presidir el acto que se estaba celebrando, explicó la importancia de las fundaciones que favorecen a la clase obrera y puso de manifiesto la necesidad de que el capital y el trabajo vayan siempre unidos. Todos los oradores fueron muy aplaudidos.

El Sr. Foronda, a quien se debe principalmente la creación de la Caja de Retiros, y que tanto se desvela por el bienestar de los obreros y empleados a sus órdenes, recibió muchas felicitaciones y fué objeto de manifestaciones cariñosas por parte de sus subordinados. El Instituto Nacional de Previsión, en premio a sus merecimientos, le ha otorgado la medalla de oro.

AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANJOL DE LOS SEÑORES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Instituto politécnico FRANKENHAUSEN (Alemania)

Enseñanza de la construcción de máquinas en general y para la agricultura. Electro-técnica, Arquitectura.

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVA

ES EL UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
El mas activo y economico, el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

ZEISS TESSAR

1:3.5 1:4.5 1:6.3

OBJETIVOS LOS MÁS PROPIOS Y LOS MEJORES PARA VISTAS INSTANTÁNEAS, RETRATOS Y PAISAJES.

Pídase el prospecto «P. 281» que se envía gratis y franco.

De venta en los almacenes de aparatos fotográficos.

CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA

FUMISTERIA CAÑAMERAS

Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS, MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 37. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. - Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PİLIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Barcelona. - Inauguración del Museo de Productos africanos en el Centro Hispano-Marroquí. - En el centro, el Dr. Maestre, ilustre africanista, senador y catedrático de la Universidad Central; a su derecha, Sidi Brahim Ben Abela, primo hermano del Sultán de Marruecos, y a su izquierda, el hijo de Brahim Ben Abela, que han venido a esta capital para asistir a la inauguración del museo.

En la noche del 22 de febrero último efectuóse en el local del Centro Hispano-Marroquí la inauguración del Museo de Productos africanos organizado por esta entidad.

El amplio local que utiliza para teatro el Centro Aragonés, instalado en la misma casa que el Hispano-Marroquí, hallábase totalmente lleno de distinguido público, en el que predominaban los elementos industriales y mercantiles barceloneses. En la mesa presidencial estaban las autoridades y en el escenario ocuparon puestos preferentes los representantes de las entidades económicas y Sidi Brahim Ben Abela, primo hermano del actual Sultán de Marruecos, y su hijo Sidi Abdur Ben Brahim.

Dió principio al acto el presidente del Centro Sr. Corbera, quien en breves frases hizo la presentación del Dr. Maestre, encargado de dar una conferencia con motivo del acto inaugural que se estaba celebrando.

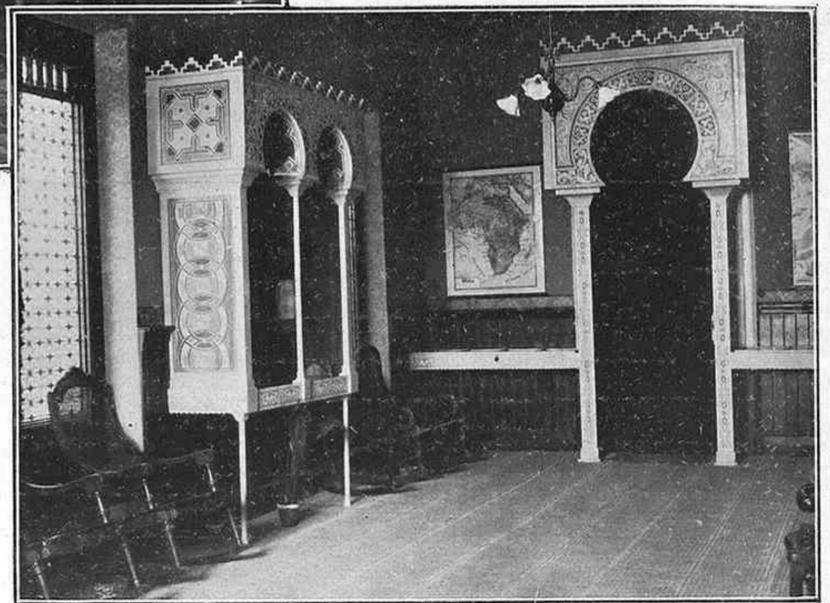
El ilustre conferenciante, sabio catedrático de la Universidad Central, senador e infatigable propagandista de la acción española en Africa, fué saludado, al levantarse para comenzar su conferencia, con una calurosa ovación.

El Dr. Maestre empezó su discurso dirigiendo una salutación entusiasta a Barcelona, que en todo tiempo, dijo, ha sido la

ciudad sagrada de la industria y emporio del comercio, honra y gloria de España. Afirmó que la cuestión de Marruecos es problema vital para toda España y especialmente para Cataluña, que puede tener al otro lado del Estrecho importantes mercados para sus productos. Hizo historia de los tratados internacionales de España sobre Marruecos y dió cuenta de sus viajes por tierras de la zona española para conocer la fertilidad de las mismas, asegurando que las vegas del Lucus, de Tetuán y del Muluya pueden ser más ricas que las de Murcia y Valencia. Sostuvo que si era necesario ir a Marruecos por cuestión de independencia política y de expansión mercantil, era aún más indispensable para el mejoramiento de la raza, pues del cruce entre españoles y árabes ha de surgir una raza vigorosa que sirva de base a la regeneración nacional. Manifestó que debe iniciarse la colonización española en Marruecos repartiendo las

tierras a los soldados que allí se licencien, explicó el estado de la propiedad rústica en aquel país y afirmó que aunque la colonización debe hacerse con los instrumentos del trabajo, los colonos, dado el estado del imperio marroquí, no pueden prescindir de las armas para defender sus cosechas y sus poblados. Hizo atinadas consideraciones para demostrar que la colonización debe ser individual y protegida por el Estado y que éste dispondrá de tierras suficientes para premiar los esfuerzos de nuestros soldados y dirigir la emigración al Norte de Africa. Defendió la protección eficaz que el Estado debe a la producción nacional y la conveniencia de que se la dote de cuantas facilidades goza el comercio de otras naciones, como único medio de evitar que España quede reducida en Marruecos al triste papel de gendarme de los extranjeros. Reseñó la labor de atracción realizada por nuestro ejército en Larache, dirigiendo calurosos elogios al cónsul español en aquella población Sr. Zugasti, al coronel Sr. Silvestre y al comandante Sr. Ovílo. Terminó ensalzando el acendrado patriotismo de S. M. el Rey y el profundo conocimiento que tiene del problema marroquí.

El admirable discurso del Dr. Maestre, interrumpido con grandes aplausos, fué acogido al final con una ovación estruendosa, siendo el ilustre conferenciante muy felicitado por los invitados.



Una instalación del Museo. (De fotografías de A. Merletti.)

Terminada la conferencia, efectuóse en el salón de actos del Centro Marroquí la inauguración del Museo Comercial de Productos Africanos, instalado en cuatro espaciosas salas y en el cual figuran granos, legumbres, productos forestales minerales, alfarería, prendas de vestir, enseres domésticos, alfombras, tejidos, confecciones, etc., y una interesantísima colección de mapas y planos.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Ruó de Selne.

INNSBRUCK, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEER

SELLOS DE CORREO AUTÉNTICOS
LISTA DE PRECIOS GRATIS
COMPRA - CAMBIO - VENTA
RODOLFO KEIL, GABLONZ a/N AUSTRIA

DATA DE 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y todo
CASA CANDÈS 16 St-Denis

PÍDASE PROSPECTO J.A.
LEITZ
GEMELOS PRISMÁTICOS
PARA
EJÉRCITO Y MARINA
VIAJE Y SPORT
TEATRO Y CAZA
SE VENDEN EN TODOS LOS
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

PLAZA DE LA UNIVERSIDAD 5 MOSAICOS BARCELONA
ORSOLZ SOLZ Y C

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN